

# HURACÁN

José Luis Justes Amador



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
DE AGUASCALIENTES



HURACÁN



# HURACÁN

José Luis Justes Amador



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
DE AGUASCALIENTES

# HURACÁN

Primera edición 2024  
(versión electrónica)

Universidad Autónoma de Aguascalientes  
Av. Universidad 940  
Ciudad Universitaria  
Aguascalientes, Ags., 20100  
[editorial.uaa.mx/](http://editorial.uaa.mx/)  
[libros.uaa.mx/](http://libros.uaa.mx/)

José Luis Justes Amador

ISBN 978-607-8972-24-1

Hecho en México / *Made in Mexico*



# ÍNDICE

I		
II	“One and Only One. My Arrest and my Testimony” (Cormac McCarthy)	13
III		
IV	“Es un comienzo. Es mejor que nada” (Claire Keegan)	21
V		
VI	“El deseo es siempre deseo” (Jacques Lacan)	29
VII		
VIII	“Alegres como fiesta entre semana las experiencias de promiscuidad” (Jaime Gil de Biedma)	37
IX		
X	“Todo el camino esquivando camiones” (Los Planetas)	45
XI		
XII	“Una manera de imaginarse al adversario tan rastrera como la nuestra” (Ernst Jünger)	53

XIII	
XIV	“La edad en la que los hombres verdaderos se quitan la vida” (Daniel Espartaco Sánchez) 61
XV	
XVI	“¿Ha habido jamás alguna guerra en la que solo sangrara un bando?” (George R. R. Martin) 69
XVII	
XVIII	“En la mujer que nos sobrecoge no tiene que haber nada familiar” (James Salter) 77
XIX	
XX	“¿Lo echamos a cara o cruz o lo hacemos por la cara?” (Santiago Auserón) 85
XXI	93
XXII	“Empiezo a considerar cualquier acto sexual como un proceso en el que están involucradas cuatro personas” (Sigmund Freud) 95
XXIII	
XXIV	¿Por qué morimos de a poco, como por comas / y no en un limpio punto final? (Diana Delgadillo) 101
XXV	
XXVI	“Pastillita blanca, pastillita azul, dime cuánto efecto tienes tú” (G. R. R.) 109

XXVII		
XXVIII	“Estaba acostumbrada a ganar, siempre” (April Geneieve Tucholke)	117
XXIX		
XXX	“Vacío al mundo con un ruido blanco” (Josué Sánchez)	125
XXXI		
XXXII	“Al igual que en las relaciones de amor, la relación con el tabaco configura un código por el que se traduce el mundo” (Vicente Verdú)	133
XXXIII		
XXXIV	“Vous Êtes Tous de Poètes et Moi je Suis du Côté de la Mort” (Jacques Vaché)	141
XXXV		
XXXVI	“Death or Glory. That’s Another Story” (The Clash)	149



*NOTE: The characters in this story, first of a group,  
are all inventions together with the personality of the narrator,  
and bear no resemblance to living persons.*

*Only the city is real.*

*(Lawrence Durrell, *Justine*)*

*Yo no soy yo, ella no es ella: nosotros no somos nosotros  
(Evelyn Waugh, *Retorno a Brideshead*)*

*Yo era un escritor realista:  
me masturbaba pensando en las mujeres  
con las que había follado y cuando escribía  
siempre decía la verdad.  
(Daniel Gascón, *La vida cotidiana*)*



# I

Desde 1979 los huracanes cambian de nombre todos los años hasta completar un ciclo de seis listas diferentes. Al séptimo año vuelven a empezar. Cada trescientos sesenta y cinco días se intercalan un nombre masculino y uno femenino. Sólo en casos de extrema destrucción, como el de Katrina en el 2005, el Centro Nacional de Huracanes decide retirar esa nomenclatura para sustituirla por otra de la misma inicial y el mismo género.

Grace. Gaston. Gert. Gordon. Gabrielle. Gonzalo.

Ella no estaba en la lista. El nombre de pila del huracán más destructivo de mi vida. Aquel dickensiano año, no tan leja-no, hubieran quitado su nombre.

## II “One and Only One. My Arrest and my Testimony” (Cormac McCarthy)

Entró fúrica al bar.

Aquella no fue la primera noche en que coincidíamos. Pero sí la primera en la que ambos íbamos a ser conscientes de estar en el mismo lugar y al mismo tiempo.

Ella y sus amigas habían cenado en una de las primeras pizzerías en ponerse de moda en la ciudad. Durante la cena hablaron de proyectos y de amores, de hombres y de estudios de posgrado. De la paz mundial y de la última película de un director canadiense que sólo una de ellas, su tesis era sobre el cineasta, ya había visto. Y del novio de la cinéfila. “Está dormido. Borracho”, fue el lacónico comentario ante la curiosidad de sus dos compañeras de mesa. Habían vuelto a discutir, circunstancia casi habitual cada vez que él se embriagaba, y, como siempre, por una tontería.

Aquella noche entró fúrica al bar dispuesta a decirle sus verdades al novio de la amiga. Como para cumplir una misión.

Autoimpuesta. Además, ella me lo confesaría unas semanas después cuando íbamos a encontrarnos con ellos, le caía mal.

Entró vestida con una blusa blanca, sin mangas, de tirantes, falda y zapatos negros. Esa ropa y la oscuridad consuetudinaria del tugurio la hacían brillar. Brillaban su rostro pálido, blanco natural sin maquillaje, y una de las cicatrices de su muñeca. Estaba bella como el labio partido de Chandler. Hermosa como una de esas señales rojas que dicen “Peligro. Peligro. No acercarse”. ¿Cómo puedo saberlo si, cuando ella entró, yo estaba sentado de espaldas a la puerta? Porque hay cosas que la imaginación recuerda mejor que la memoria. Y los detalles que me faltaron entonces meses después se convirtieron en nuestras competencias de ver quién recordaba más. Y mejor.

Entraron al bar, una hecha una furia, otra enamorada y la tercera dejándose arrastrar.

–Voy a ver cómo está.

–Despiértalo, por favor. – Su tono estaba entre la súplica y la orden. – Ya que vine hasta aquí por lo menos quiero, aunque sea, gritarle al cabrón ese lo que pienso de él.

La amiga entró a la sala donde lo había dejado dormido un par de horas antes. Estaba despierto, amodorrado todavía por el sueño y los litros de cerveza. Lo besó como si no hubiera pasado nada. Lo besó mientras susurraba, tal vez para que sus amigas ni pudieran reclamarle nada, “te amo”.

–Y tú, ¿quién eres? – se dirigió a la sombra parada frente a él, ignorando a quien le había besado.

–Soy su mejor amiga.

–Ah. – Su interjección sonó a mitad de camino entre alcohólicos anónimos, el reconocimiento y el no-me-importa. – Tú, ¿eres tal? – Y pronunció un nombre.

No. Soy su otra mejor amiga. –Le explicó ella marcando el posesivo y con una expresión facial que parecía decir, como de hecho quería decir, “y ahora me vas a escuchar” pero su amiga,

que ya había tenido bastante con una bronca aquel día, la contuvo. Intentó contenerla.

"Sentémonos", propuso desde el quicio de la puerta que comunicaba la sala, más íntima, con la parte pública del bar mientras buscaba con la mirada una mesa libre o alguien conocido. La conocía lo suficiente como para saber que si no la ponía a beber, a hablar o a ambas casi al instante, aquella situación corría el riesgo de convertirse en el segundo problema. La única mesa abarrotada de aquel miércoles la iluminó de repente.

—Tú escribes. Creo que los de esa mesa son poetas. Me suena que vienen de una lectura o algo así. Ya que estás aquí, ¿por qué no te sientas con ellos?

Me conocía. Me llamó. Por supuesto que había sitio para tres muchachas guapas en la mesa donde todos eran escritores y todos hombres. Se sentaron. La chica arrastrada apenas aguantó y con una excusa probablemente cierta se dio a la fuga y la enamorada volvió a sus tareas de reconciliación con lo que ella se quedó sola. Junto a mí.

Estaba sonando *Love will tear us apart* en la versión de Nouvelle Vague. Todo son señales. Las veamos tarde o no las veamos nunca. Al igual que ocurre con las despedidas ("le hubiera dicho otra cosa si supiera que era la última vez que lo veía") uno nunca acierta con la primera frase o con la primera canción.

El ganador de uno de los premios más importantes del país, premio que iba a recibir apenas dos días después, estaba hablando. "En todos los vestuarios del mundo debería estar citada, enmarcada, la frase de Johann Cruyff: 'Si yo tengo el balón, el contrario no lo tiene'". A eso de mediodía habíamos estado viendo dos eliminatorias de la Champions en el mismo sitio en que estábamos sentados. En la tarde, después de la apresurada comida, todos habían guardado el silencio necesario, y debido, en las lecturas y los comentarios tuvieron que aguardar hasta la noche.

Se acercó a mi oído. Por primera vez.

Recé para que no fuera la última. Le recé a san Ian Curtis, patrón de los imposibles y de los suicidas. Tenía lógica la oración. Ella, aunque dejaría de serlo por unos meses, parecía imposible. Y suicida a pesar de que sólo había visto sus cicatrices en mi imaginación. Ian, ruega por mí. Curtis, ruega por ella.

—¿Están hablando de fútbol? —Su voz sonaba perfumada. Debía ser cuestión de los cigarrillos que fumaba. Iba a prender uno. Se lo arrebaté mientras contestaba a su cara de extrañeza con un gesto que le pedía paciencia. Lo encendí, clavo o canela, y se lo devolví. Repitió la pregunta como si no creyera ni en la conversación que estaba escuchando ni en su propia pregunta. —¿Están hablando de fútbol?

—Sí. —La educación, mi educación, me impide mentir a la primera pregunta que alguien me hace. —¿De qué esperabas que estuvieran hablando? —dije estuvieran como si yo no la ocupase también. Si ella había repetido su primera pregunta, yo podía hacer lo mismo con mi respuesta. —¿De qué esperabas que estuvieran hablando? Los editores han hecho todo lo posible para echarlo a perder, pero supongo que para ser un hombre de letras es bastante humano. —Añadí sin decirle que no era mío. —¿Tienes novio? —. La que normalmente es mi primera pregunta cuando me presentan a una chica, cualquier chica, se había convertido en la quinta frase que cruzábamos.

—Sí. No. No sé. —Yo no estaba preparado para la respuesta. Nadie está preparado para una respuesta que no dice nada. Y menos para la siguiente frase —Hace unas semanas estaba en Maui tirando al mar mi anillo de compromiso. ¿Sabes dónde está Maui?

Si estaban hablando de fútbol, por qué no íbamos a hablar de geografía aunque yo no tuviera ni la más remota idea de dónde estaba eso. Me arriesgué.

—Claro. Hawái, ¿no? En la zona de tormentas tropicales del Pacífico.

–Más o menos. –contestó sin preocuparse de si mi acierto había sido suerte o una secundaria bien aprovechada. –A mí no me tocó ninguna, pero el mar estaba embravecido. Te hubiera gustado verlo. Las piedras volcánicas, basalto, –me asombré porque nadie usa la palabra “basalto” habitualmente y menos con unas copas de más y me asombré porque yo aún no sabía que ella había terminado ciencias ambientales –y el mar todo espuma blanca.

En ese momento alguien propuso un brindis por el premiado. Brindamos. Yo brindé con ella. Brindé por su hermosura y por el milagro de estar junto a ella. Por el azar y los amigos dipsomaniacos. Por el deporte más sagrado del mundo y por su poder de unión. Por todos los atolones y las formaciones volcánicas del planeta. Por lo que escribía yo. Y por lo que ella iba a escribir.

Bebimos como se bebe en las mesas de escritores. Como si el mundo se fuera a acabar. Aunque algunos de ellos tuvieran que leer al día siguiente. Bebimos sin preocuparnos de la cuenta ni de las voces cada vez más pastosas, más indiscretas. Cada vez era más difícil mantener una conversación única entre los diez ocupantes de la mesa. Lo que comenzó como una plática a la que todos aportaban una opinión se había dividido, poco a poco, trago a trago, en tres charlas diferentes: fútbol, editores y la calidad de los diferentes licores que iban mezclándose en la mesa con la omnipresente cerveza. Excepto el primer tema que a ella seguía sorprendiéndole (“¿de verdad tiene un poemario sobre fútbol?”), las otras parecían interesarle alternativamente. A la segunda aportó una duda de escritor primerizo (“¿cómo se hace para publicar un libro?”) que en honor a que era la única y misteriosa presencia femenina de la mesa le perdonaron. Y en la tercera participó con una escueta y bien recibida sugerencia. “Prueben a pedir el mezcal de la casa”.

Al poco tiempo llegó una ronda para todos. Brindamos, otra vez a la salud del premiado, suspendiendo las conversa-

ciones que, tras el entrechocar de los rebosantes caballitos, regresaron a su vocación de conciábulo.

Decidimos irnos. Mejor dicho, decidió irse. “Ha sido un día muy duro”, explicó sin que yo supiera que estaba de vacaciones. Y yo estaba dispuesto a seguirla hasta donde pudiera. Hasta donde me dejara. Recé de nuevo. Esta vez al cantante suicida y a los gusanos del destilado.

A pesar de que eran los días de la fiesta grande de la ciudad y que se podía conseguir alcohol, de cualquier graduación, a cualquier hora, cuando salimos del bar paramos en el OXXO para comprar dos botellas de agua.

—¿Me llevas? —Ella no sabía dónde vivía yo y no le iba a decir que eran apenas cuatro cuadras hasta mi casa, las cuatro calles más congestionadas de tráfico aquellos días. Lo que con suerte significaba media hora más.

Caminamos hacia su coche que, nada más salir del estacionamiento de precios hinchados por la temporada y estar en pleno perímetro ferial, se vio envuelto en un embotellamiento formado por todos los que intentaban entrar y los pocos, nosotros entre ellos, que intentaban, a pesar de lo temprano de la hora, salir. Apenas un par de calles más allá del aparcamiento logramos alejarnos, aunque no del ruido, del tráfico y el gentío.

Todavía no le había dicho dónde era mi casa cuando tomó justamente el camino contrario.

—Vamos a dar una vuelta. —Soltó como toda explicación antes de que yo hubiera propuesto nada. Sonreí porque las chicas con iniciativa son cada vez más difíciles de encontrar. Si todo dentro de mi cabeza daba vueltas, si mi cabeza daba vueltas, ¿por qué no aceptar una vuelta más? Mientras pensaba en que si la noche terminaba bien volvería al catolicismo practicante, recé por tercera vez en la noche. A una deidad que se parecía más a Cthulhu que al Cristo de mi infancia y a la que le prometí un altar si lograba algo. Lo que fuera.

Le respondí.

–¿Por qué no?

–¿Por qué sí?

Hice una nota mental para no hacerle preguntas que pudieran ser contestadas con otra pregunta.

–¿Adónde quieres ir?

Pensé en devolverle la pregunta. No lo hice.

–Adonde tú quieras, pero lejos de estas aglomeraciones. Además, –dije levantando mi agua como si fuera una botella de algo más– todavía tenemos de beber.

Brindamos más por gesto que porque hubiera algo que celebrar. “Siempre hay algo que celebrar”, pensé como un deseo que aún no sabía si habría de cumplirse.

–Vamos. Donde quieras. Soy tuyo. –Dije sin el menor atisbo de ironía o doble sentido. Todavía no sabíamos que aquella primera noche iba a pararnos un alcoholímetro.



### III

Para que un ciclón tropical ocurra deben cumplirse, siempre y obligatoriamente, tres condiciones al menos: un disturbio atmosférico preexistente con tormentas embebidas en él, temperaturas cálidas y vientos débiles que no cambien mucho en dirección y velocidad.

Aunque de una de ellas, de la última, no estaba muy seguro, las condiciones estaban dadas. Sólo faltaba, con la paciencia urgente del cazador de tormentas, esperar.

### IV “Es un comienzo. Es mejor que nada” (Claire Keegan)

En una de las avenidas que da un círculo completo a la ciudad, de repente, nuestro carril se hizo más lento a pesar de los pocos coches.

—¿Alguna vez te ha parado un alcoholímetro? —preguntó con una solemnidad inusitada dado su nivel etílico y lo que auguraba la situación.

Contesté.

—Nunca. De hecho, no sé manejar. Ni distinguir el acelerador del freno o del clutch. Así se llama, ¿no?

—Tienes suerte. Hoy será tu primera vez. —Cuando me volteé para intentar descubrir en algún gesto de su cara si había ironía o invitación en su voz ya habíamos llegado a la altura de los agentes que amablemente la invitaron a detener su Matiz, un coche que cuando ella me dijo la marca en el estacionamiento yo pensé que se escribía Matisse.

Nadie nos pidió que saliéramos del vehículo ni que pusiéramos las manos en alto como yo esperaba por haber visto demasiadas películas. El agente la invitó, simple y amablemente, a que soplara un diminuto aparato de plástico. Suspiró de

seguridad al observar cómo el agente quitaba la boquilla babeada del anterior conductor para sustituirla por una recién extraída de una bolsa de plástico con cientos de ellas.

No sé ahora si ya me había fijado en sus labios cuando hablaba y fumaba y hablaba sin parar en el bar, pero si me preguntaran cuándo fue la primera vez que fui consciente de ellos fue al verlos cerrarse alrededor de la boquilla por la que tenía que soplar. Y, nada sorprendentemente, su soplo vino seguido de un pitido lo suficientemente largo y agudo como para saber que no significaba nada bueno.

–Tendré que multarles. –Fueron las palabras, como de disculpa, del oficial al leer el resultado.

Mi curiosidad pudo más que mi prudencia mientras recordaba la escena de los calabozos de una vieja novela de Elizabeth Smart. No puedo evitarlo. Siempre que me pasa algo malo pienso en libros como si la vida fuera algo que no va conmigo. Pregunté.

–Si usted ya nos ha multado por sobrepasar el límite permitido y aún así nos permite seguir manejando hasta casa, –dije “hasta casa” por decir algo–, si nos detiene otro alcoholímetro, ¿basta con enseñarle la multa?

El agente se tomó unos cuantos segundos, bastantes más de los necesarios, en decidir si yo estaba borracho, cosa que sí estaba pero que no debería importarle ya que yo era el copiloto, si estaba tomándole el pelo, nada más lejos de mi intención, o si había algún rastro de cinismo en mí, a pesar de mis esfuerzos, pastosa inflexión vocal. Supongo que la retahíla de palabras que había salido sin una sola pausa de mi boca y lo estúpido de la pregunta, lo convencieron de que iba en serio.

–Yo si fuera ustedes, estacionaría nada más salir de aquí y esperarí un taxi. Si es que consiguen alguno. –Y contestó a mi pregunta. –Si los detienen de nuevo, los volverán a multar.

Con más ganas de hablar le hubiera seguido interrogando por la razón de que si alguien no puede ser juzgado dos veces

por el mismo delito, cómo es que sí era posible ser multado la misma noche por la misma falta. Lo habría hecho si ella no hubiera arrancado con un simpático "muchas gracias, oficial".

Seguimos, siguió, la mitad del consejo del policía. Detuvo el coche en el enorme estacionamiento junto al teatro principal de la ciudad. Estaba desierto.

–Si llego a casa sin el coche me matan. –Imaginé a sus padres enojados, característica que debía haber heredado de ellos. Me imaginé acompañándola, caminando o en un carro de sitio, echándome la culpa que no tenía para defenderla. Me imaginé a su padre mirándome retador y a su madre reprochándole al mismo tiempo que la cuidaba.

–¿No se enojarán tus padres por llegar tan tarde, –me contuve por un momento y continué imprudente– tan en este estado?

–Me gusta estar ebria. Me gusta, como tú lo llamas, este estado. Te hace olvidarte del mundo por un tiempo. –Me informé. –No viven en la ciudad. Vivo con mi hermana. Hoy la casa está sola.

Hablamos de canciones, de cuál sería nuestra canción. De libros, de los que iba a prestarle y de los que yo debía leer. De nuestras vidas. Le conté chistes. Los peores que conocía. "Era un hombre que cada dos por tres... seis". Se rió. Hablamos de amigos en común y de sexo. Ella me contó secretos y yo le prometí guardarlos. Y de superhéroes.

–Si fuéramos superhéroes y nos casáramos salvaríamos el mundo.

–No, –me corrigió– si fuéramos superhéroes nuestra única manera de salvar el mundo sería no tocarnos. Somos demasiado explosivos.

El mundo, pensé, estará a salvo por un tiempo. Ella debió pensar algo parecido mientras sacábamos al mismo tiempo la cabeza por las ventanillas del coche para expulsar el humo que ya había inundado todo el interior. El Matiz olía, en una combi-

nación inusitada, a lo ocre de los míos y a lo perfumado de los suyos.

–Tengo una amiga experta en astronomía. ¿Conoces a Venetia Burney? –dijo mientras terminaba su botella de agua de un solo trago.

–No. Es un nombre un poco raro, ¿no? ¿De dónde es tu amiga?

–Tonto. –Lo pronunció de ese modo en que la palabra ofensiva se transforma en una expresión de algo parecido al cariño. –Venetia Burney es la niña que le puso el nombre a Plutón. No mi amiga. Algo me ha enseñado. Según creo, el ya no planeta debe estar ahí. –Su “ahí” estaba acompañado por un dedo extendido y un movimiento de mano que abarcaba la mitad del cielo nocturno que estaba delante del parabrisas del coche. O estaba muy borracha o se refería a la trayectoria del planeta en un mes.

–Pero no se pueden ver los planetas y menos el más lejano a simple vista. –No hacía falta ser un genio para saber eso.

–No importa. Sí, sí se pueden ver. Hoy es uno de esos días en que todo se puede. –Me acomodé en mi asiento, de lado. –Todo excepto besarnos. –Continuó para no dar oportunidad de que ahondara en el tema. –Y tú, si pudieras ser un planeta, ¿cuál serías?

Su pregunta confirmaba la teoría de que no hay nada más ocioso que las conversaciones entre dos desconocidos pasados de copas. Pero si quería hablar de temas serios no iba a perder mi oportunidad de asombrarla.

–Un planetaide. –E intenté adelantarme a su pensamiento. –Me gusta cómo suena ese “oide” final. ¿Y tú?

–Ninguno. Qué aburrido debe ser estar siempre dando vueltas y vueltas. Un cometa. Me gustaría ser un cometa de esos que anuncian desgracias al mundo. –Se corrigió al instante. –O mejor una estrella fugaz de esas a las que se le piden deseos.

La interrumpí mientras me esforzaba, inútilmente con la lengua trabada, en sonar pícaro. O, al menos, parecerlo.

–¿Eres de ese tipo de chicas que siempre cumple los deseos?

–Tonto. –Era la segunda vez en la noche, en cinco minutos, que me lo decía. Continuó corrigiéndose a sí misma. –Quisiera ser una estrella fugaz para desaparecer sin cumplirle los deseos a nadie. –E inesperadamente, creí que no la había oído o, peor, que la había olvidado, contestó a mi pregunta. –Sí soy de esas chicas que cumplen los deseos. Los propios.

Volvió ese silencio que dice “y ahora, ¿de qué hablamos si apenas nos conocemos?”. Agarró la multa, la miró como si quisiera desintegrarla y usó una expresión que le escucharía infinidad de veces en los meses por venir.

–No mames. No mames. No mames. –Tres veces. Como un conjuro.

–Yo la pago, –le dije arrebatándosela. La doblé con todo el cuidado que pude y me la guardé en el bolsillo de la camisa azul que llevaba ese día.

El estéreo del coche seguía sonando reproduciendo aleatoriamente las canciones de su teléfono. Sonó, al fin, una que reconocí. Iba a decir algo pero ella me interrumpió.

–Es la que más me gusta de este par.

“No te fies de un animal herido”, sonó como una advertencia que ambos pasamos por alto.

–Me cayeron bien. Intenté parecer inteligente.

–¿Nacho y Cristina? A mí él me cae bien.

La falta de respuesta me confirmó que mi intento había sido en vano. Volví a probar suerte.

–¿Los policías?

–Sí. También. Y los poetas. Me cayó bien el ganador de este año. ¿De cuánto es el premio?

–Quinientos mil.

–Yo me conformaría con un libro. Con publicar un libro antes de morirme.

Volvimos a la falta de conversación que ella sobrellevaba canturreando las canciones que no dejaban de sonar y que controlaba, adelantando unas, pasando a la siguiente en otras, desde un botón en el volante. También jugaba con el volumen que subía y bajaba en un patrón que yo no podía reconocer o que, lo más probable, no existía. Aunque no nos dimos cuenta del momento exacto ya se habían apagado las farolas del estacionamiento. Tal vez era hora de regresar. De irnos.

–¿Quieres irte? ¿Ya estás bien como para manejar?

–No. Sí. No sé. –Parecía que esa era su respuesta favorita, una que, además, parecía que funcionaba en cualquier situación.

Déjame en tu casa. Yo puedo llegar a la mía caminando, –me arriesgué. Sonaba una vieja canción de Drexler cuando arrancó.

Volvimos a un silencio que intenté romper de nuevo.

–Hay un libro que deberías leer: la *Autobiografía de Alice B. Toklas*. Que en realidad no es una autobiografía porque la escribió su pareja. Gertrude Stein. La frase final me gusta mucho. –Hice un esfuerzo por recordarla. Por lo menos la idea. –“Como no parece que estés muy decidida a escribir tu autobiografía, la voy a escribir yo”. Eso voy a hacer contigo. Voy a escribir tu vida.

Sonaron dos o tres canciones con la misma voz femenina que yo no reconocí. Un año después sabría que era Mon Laferte.

Al llegar a su casa, hice un último intento desesperado por llamar su atención mientras le abría la puerta del carro, extendiéndole la mano para ayudarla a bajar.

–¿Sabes que hay un refrán francés que dice que cuando una mujer se ríe –esperaba que se acordara de todo lo que se había reído esa noche –ya tiene medio cuerpo en la cama?

Sonrió. Sin reírse aunque puede que ganas no le faltaran.

–Me reí. Mucho. Hacía tiempo que no me reía tanto. –Volví a rezar. A San Judas Tadeo. Y en unos minutos voy a tener no medio sino todo el cuerpo en la cama. –Me besó en la mejilla. –Buenas noches. Nos veremos. Pronto. –O algo así sonó mientras cerraba la puerta.

Silbé "Disneylandia" todo el camino a casa. Saqué la multa de mi bolsillo y con ella en la mano, como si fuera un amuleto de la buena suerte, recordé uno de los innumerables consejos de mi padre. "Un verdadero caballero siempre hace dos cosas. Pagar las multas y mentir". Como no tenía dinero, decidí seguir el segundo.



## V

A nivel mundial, los picos de actividad ciclónica tienen lugar hacia finales de verano, cuando la temperatura del agua es mayor. Sin embargo, cada región particular tiene su propio patrón de temporada. En una escala mundial, mayo es el mes menos activo, mientras que el más activo es septiembre. En la región norte del Índico, las tormentas son más comunes de abril a diciembre, con picos de intensidad en mayo y noviembre.

Tal vez de aquel viaje catártico había traído con ella nuevas fechas.

## VI “El deseo es siempre deseo” (Jacques Lacan)

De niño solía acostarme pronto y dormirme tarde. Con los ojos cerrados conjuraba los pensamientos que durante unas horas se convertían en mis sueños. Jamás tuve pesadillas. Jamás me desperté, sin saber por qué y a mitad de la noche, inquieto. Los cariñosos aunque violentos jalones de mi madre siempre coincidían con un momento casi alcanzado de gloria y felicidad. Ella interrumpió goles que valían un campeonato, las primeras pisadas en Marte o el premio, uno sin nombre pero importante, que estaban a punto de concederme. La vida siempre aparecía en el momento menos esperado. Así, ineludible y real, sonó la alarma del teléfono a la mañana siguiente apenas un par de horas después de haber caído rendido tras la caminata y los pensamientos que darían forma a mis ilusionados sueños.

El papel verde, junto a una colección de monedas desperdigadas por la mesita de noche, fue el segundo golpe de realidad al despertar. Todavía amodorrado me costó darme cuenta de que era una infracción vial. Recordar qué hacía en ese mueble me devolvió, como quien regresa a un lugar conocido pero

poco frecuentado, la noche anterior. Mejor dicho, fragmentos sueltos de la noche anterior. Los poetas, el fútbol, las canciones y algo sobre astronomía. La sombra que unía aquellos fragmentos, para desesperación de mi memoria, no tenía nombre.

Llegar a trabajar fue menos complicado que sentarme ante el escritorio en el que los papeles prometían una concentración que dejaría a mi subconsciente rebuscar el nombre que, suponía, en algún momento de la noche me habría dicho. ¿Se habían sentado sin más presentación? Las listas con rayas diagonales, alumnos a dar de baja desde hace dos días, esperaban y tal vez en aquella retahíla de nombres había algo que pudiera recordármelo.

¿Le había preguntado cómo se llamaba? Un correo electrónico de mi jefe reclamaba un trabajo aún más urgente que el que ya había caducado.

Ella me encontró primero. Una pequeña ventana en la esquina inferior izquierda de la borrosa pantalla me anunció una solicitud de amistad. Podía ser ella o no pero me lancé directamente al link que prometía. Dos o tres segundos después, la sombra tenía nombre, un nombre que tendría mil y una variantes en los meses que quedaban por delante. Una sombra y un nombre a los que no sabía qué decirle y, mucho menos, cómo.

Tras el instantáneo clic de aceptación, me costó encontrar la primera frase.

“¿Llegaste sana, salva y a tiempo?”. La palomita apareció a los pocos segundos. La respuesta aún tardó unos minutos en llegar. “Sana, salva, a tiempo y zombie”. La imaginé como en un espejo, una imagen que íbamos a repetir muchas veces, sentada frente a su computadora, en una oficina que no conocía, intentando arreglar sus trabajos, los atrasados y los urgentes, mientras luchaba por mantenerse despierta. Recordé que me dijo que no tomaba café. “¿Cómo le haces para mantenerte despierta?”. “No sé”.

Mi mañana transcurrió entre la supervivencia laboral y la esperanza de encontrar un nuevo mensaje en la pantalla. Un mensaje que nunca llegaba y que parecía que nunca iba a llegar. Apareció la ventana que esperaba. “Entre tanto correr tengo la pregunta obligada. ¿Dónde paso por mi multa?”. Escribió “mi multa” y no nuestra multa. “Sólo puedo ir mañana”. El espíritu de mi padre se apoderó de mí sabiendo que tenía veinticuatro horas por delante. “No te preocupes. Salgo y paso a pagarla. Tengo un amigo en Tránsito que me puede conseguir un descuento”. No tenía ningún amigo ni en esa ni en ninguna dependencia ni dinero para pagar la multa. Aunque sí la intención.

Me mandó su canción favorita. Yo le mandé la mía. Las dos eran lo suficientemente ambiguas como para decir todo sin decir nada. Una hablaba de deseo, la otra de cuidar y ser cuidado. Las dos estaban en español. Las dos eran, realmente, nuestras canciones favoritas. Y peligrosamente genéricas, coordinadas en un mapa de una tierra conocida pero no bien cartografiada.

Contuve, todavía, las ganas de hablarle a mis amigos de ella. A cambio, mejoró mi trabajo, preocupado además por dejar la mesa mucho más despejada de como la había encontrado. Por responsabilidad y por si acaso.

El primer mensaje de la mañana siguiente era directo. “Buen día. Si fuera tan amable deme sus coordenadas para pasar por mi multa. Debo ser una ciudadana ‘responsable’”. Esas comillas que encerraban la palabra responsable impedían todo intento de respuesta. Al menos por el lado de la contradicción entre ser multada por conducir ebria y el adjetivo que se adjudicaba.

“Ya está pagada”. Y donde yo esperaba una respuesta de agradecimiento llegó un mensaje que podía complicar el día. “Perfecto. Paso a buscarla esta tarde”. La promesa de volver a la verla se superponía a la imperiosa necesidad de encontrar una excusa que sustituyera al monto de la infracción. Hora de cambiar de tema. “Sobreviví al día. ¿Y tú?”. “Se me había olvi-

dado que tenía un evento en la noche. De la Universidad. Tuve que ir”. La multa había desaparecido de la conversación. “Lo malo es que cuando se va a algo de moda si te ven guapa, te invitan a sentarte en las primeras filas”. “Algún día también estarás en las primeras filas de las lecturas”, le prometí. Un emoticono respondió por ella. En lugar de intentar revivir una conversación medio muerta me dediqué a googlearla. Esa misma tarde supe que ella había hecho lo mismo.

El mensaje llegó casi al final de la jornada laboral. “A las siete estoy libre. Mi multa, por favor”. “Ya está pagada. No te preocupes”. “Quiero tenerla. Es la primera que me ponen. Quiero conservarla”.

Me citó en una cafetería-bar del centro de la ciudad, cerca de mi oficina y no tan lejos de su casa. En ese mismo lugar ella presentaría un año y unos meses más tarde un libro colectivo. Como me enteré después, había elegido el sitio para sorprenderme como cliente habitual, uno de esos que no necesitan pedir porque el mesero familiarizado ya sabe que llevar. Yo había aceptado encantado porque pensaba usar el mismo truco. Llegué antes y decidí a aguardarla hasta que apareciera. La esperé en las mesas de la calle.

“Yo te escucho perfectamente. ¿Tú me escuchas bien?”. El exagerado volumen de alguien que hablaba por su teléfono celular como si no necesitara que quien quisiera que estuviese al otro lado le oyera acompañó su llegada bamboleante. Quizá los tacones, quizá la resaca, pensé.

Me levanté, aparté la silla. Ella me besó en la mejilla.

En contra de lo habitual en el local, la mesera llegó casi al instante.

—Déjenme adivinar. —Sonrió. —Una copa de vino blanco y una ámbar. No sabía que se conocían. Nunca los había visto juntos. Bienvenidos. —Estábamos empate a uno.

Esa coincidencia de lugares nos llevó a la constatación de conocidos comunes y a los genéricos y eficaces “me suena”,

"amiga de un amigo", "sí, hemos coincidido". No me atreví a deslizar ningún nombre falso para asegurar la sinceridad de sus respuestas. Ella sí lo hizo.

Decidí adelantarme.

–Dejé la multa en la oficina. Otro día te la paso. –Brindamos. –¿Sabías que en Hungría es de mala educación entrechocar las copas? –Y le conté una enmarañada historia sobre el origen de la costumbre. Me di cuenta de que yo no tenía una. Me dirigí a la mesera. –¿Podrías traer una botella de ese vino que está bebiendo ella y una copa para mí?

Un inusitado pragmatismo pareció habitarla. Inusitado y generoso.

–Si tú pagaste la multa, déjame invitarte.

Suspiré y ya que yo no iba a pagar pedí otra cerveza.

Hablamos de las canciones que nos habíamos enviado. Aunque se supone que estábamos al principio de algo, o de nada, intenté captar su atención contándole la historia de *Go your own way*.

–Me preocuparía que alguien me mandara esa canción. Lindsey Buckingham, el guitarrista del grupo y ex novio de una de las cantantes, escribe una canción mandando a su amor a volar porque se acostó con mil tipos. Y el cabrón, además, le hace cantar los coros. Supongo que cada vez que la tocaran en directo el estaría pensando que "Te haré sufrir por haberme dejado". –Iba a preguntarle por su ruptura cuando me interrumpió.

–Como mandarle a alguien "Too drunk to fuck" para quejarse por la noche anterior, ¿no? Descubrimos que hablábamos el mismo idioma y que la botella se había acabado. Miré el reloj de mi desvencijado celular.

–A las ocho tengo –dije tengo inventándome una obligación que no tenía y lo repetí –tengo que estar en una conferencia de Hugo Ornelas. ¿Quieres venir?

–Perfecto. –Continuó al mismo tiempo que yo sonreía. –Yo a las ocho quedé con una amiga aquí cerca. –Dejé de sonreír.

Pidió la cuenta, la pagó y dejó una propina bastante generosa por un problema que tenía con los porcentajes que nunca había aprendido a sacar. Volví a retirar la silla para ayudarla a levantarse.

–Te acompaño. No pasa nada si llego tarde. Quiero conocer a tu amiga.

–No, no quieres conocerla. –Me advirtió. –Ella sí te conoce a ti.

Fueron apenas cinco minutos hasta el lugar de su segunda cita. También de moda, también lleno de conocidos. Cuando llegamos a la mesa de la segunda planta ni siquiera pudo presentarnos.

–¿No te acuerdas de mí? –El mundo que la rodeaba parecía empeñado en convertir las afirmaciones en preguntas. No la recordaba de nada hasta que me ayudó. –Nos conocimos en el *after* de un poeta gay cuando vino a presentar su último libro. En esta misma terraza. Y te voy a decir una cosa. –Su voz sonaba amenazante sin ensayar lo que la hacía más peligrosa. –Si haces con mi amiga lo que haces con todas, enamorarlas y dejarlas, te juro que te busco y te mato.

–Eso es una leyenda. Son ellas siempre las que me dejan. –Argumenté y me disculpé al mismo tiempo.

–Leyenda, mis polainas. Si le haces algo, te mato.

–Acabo mi cerveza y me voy. –Debería haberle hecho caso. La acabé y bajé trastabillando por el alcohol y el nerviosismo las escaleras que llevaban a la planta baja y de ahí a la calle.

En la puerta del bar encontré a una vieja amiga, novia de un ex alumno al que seguía frecuentando. Debió notar algo en mi cara.

–¿Estás bien?

–Sí. No. No sé. –Estaría contagiándome su manera de hablar, sus expresiones, esos detalles que la convivencia convierte, poco a poco, en compartidos, me preguntaba. –Si subes conmigo a la terraza te invito unas cervezas. Lo único que

te pido a cambio es que nos sentemos lo más juntos posible. –Aceptó. Si la gente piensa algo de alguien lo menos que se puede hacer es dárselo.

Nos sentamos en la mesa más cercana a la que había abandonado hacía unos minutos. Nos sentamos a una distancia que no sugería ni amistad ni noviazgo sino algo a mitad de camino. Hablamos de conocidos y de su tesis sobre algo de arte contemporáneo, de su novio y del negocio que nunca había fructificado, aunque yo no la escuchaba con mucha más atención que a la música de fondo mientras las únicas palabras que se repetían en mi cabeza eran “te mato, te mato”. La primera pero no la última amenaza del año.



## VII

Un error común que cometen algunos residentes en las zonas donde los huracanes no son muy frecuentes consiste en pensar que ha escampado cuando el ojo les pasa por encima y salir a inspeccionar los daños.

Cuando poco después llegan los violentos vientos del lado opuesto de la pared del ojo, los toman completamente desprevenidos.

Y ahí es donde comenzaron los problemas.

Esos que llegan siempre que uno está desprevenido.

## VIII “Alegres como fiesta entre semana las experiencias de promiscuidad” (Jaime Gil de Biedma)

Sonó el teléfono. Era domingo. No lo esperaba. A mediodía. Los meses por venir iba a sonar a cualquier hora como si con el paso del tiempo fuese aumentando la frecuencia y la ventana de posibilidades. En plena madrugada o apenas amaneciendo, pero esos primeros días conservaba, o parecía conservar, el respeto al derecho al descanso ajeno. No esperaba que llamara el último día de la semana. Era el que reservaba para estar con sus padres, con la familia. Para trabajar.

La semana anterior habíamos bebido y hablado casi todos los días con la impaciencia de quien tiene que ganar el tiempo que habíamos perdido por no conocernos antes. Cada tema, aquellos días, llevaba a otro. Cada amigo a otro conocido común. Cualquier cosa significaba también otra.

—El otro día me dijiste que ibas a ver a Hugo Ornelas. Yo pensaba que era un poeta. Un escritor. —Hizo una pausa como esperando que yo me justificara. No lo hice. Levantó el tono de voz. —Es un cazaovnis.

—Lo sé.

—Un cazaovnis. —El tono de su voz estaba entre la exclamación escandalizada y la pregunta sorpresiva. Aunque no le debía ninguna explicación se la di.

La conferencia era lo de menos. Las conferencias de Ornelas son el mejor sitio para conocer muchachas crédulas.

Su silencio estaba a mitad de camino de la carcajada y una pregunta sin hacer. Si me hubiese preguntado, algo que no hizo, le hubiera respondido que sí. Que lo decía en serio. Que una chica que cree en platillos voladores puede creer en cualquier cosa.

Cambiamos de tema. Ella insistía siempre en hablar de escritura. Quería ser escritora. Sus agendas, de todos los tamaños y casi todas artesanales y piezas únicas, estaban llenas de su apretada y estilizada letra. Se leía fácilmente, pero no las prestaba, quería leerlas ella. Más que poemas eran fragmentos sueltos del diario. Aquel martes nos habíamos prometido por ambos tipos de salud regresar a casa a las diez de la noche. A las nueve y media comenzó a llover en un tiempo en que normalmente no lo hace en la ciudad. Una lluvia marqueziana o bíblica, que promete durar cuarenta días y cuarenta noches. Con muy poca, ninguna, reticencia por nuestra parte decidimos quedarnos hasta que parara.

—Dejé el coche lejos. —Explicó. —Si vamos a seguir bebiendo, ya no quiero cerveza. Engorda.

Me toqué la inexistente panza para ofrecer una excepción a la regla que acaba de enunciar.

—Eso es porque no comes. —Respondió a mi gesto. No quise preguntarle cómo lo sabía.

—¿Preferirías vino blanco? También engorda. Pero menos.

—Aquí no hay. —Conocía muy bien el sitio al que habíamos ido a parar aquella noche. — Si pudiéramos conseguir, no estaría mal.

No sabía si era un deseo o una prueba. El OXXO estaba pared con pared con el tugurio. Apenas me mojé sabiendo que, en esas circunstancias meteorológicas, el dueño no pondría ninguna objeción. O eso esperaba. Y menos si le ofrecíamos una copa. Regresé con el único blanco de la oferta de la cadena.

–Te gusta el blanco, ¿verdad?

–No sé. –Escucharlo sólo lo hacía más sincero. –Ayer me gustaba. Hoy me gusta. Quién sabe si mañana. Por ahora. Me gustan las cosas por ahora. Por ayer y por hoy.

–¿Aplicas eso a todo? –Intenté.

La lluvia, como prometía, no había terminado cuando cerraron el bar. El dueño usó como excusa para no refugiarnos hasta que amainara que ya le habían multado la semana anterior. Nos persiguen las multas, pensé. Que si lo descubrían otra vez sería clausura inmediata. Parecía sincero cuando nos dijo que lo sentía de verdad.

Parados en el diminuto espacio seco que proporcionaba la fachada del bar decidimos el camino más corto hacia el auto estacionado.

–Sería una pena que se mojara una blusa tan bonita.

–Eso no es problema.

Salí corriendo tras ella sin importarme la camisa cada vez más empapada mientras me juraba que la próxima vez que alguien me preguntara qué era lo más hermoso que había visto nunca no contestaría con un cuadro sino con la imagen de una mujer corriendo sin blusa bajo la lluvia. No me molesté en alcanzarla.

Bebimos y hablamos durante toda la semana. De pie. Sentados. Apoyados en el tablero del coche o repantingados en los asientos. Parados o caminando.

–Mi madre dice que debería ser monja. Sor Juana. Me dice que debería ser Sor Juana. Supongo que para encerrarme.

–¿Cuándo cumple años tu madre? –Poco a poco se iban agotando los temas de conversación.

–¿Para qué quieres saberlo?

–Para sorprenderla cuando ya sea mi suegra. –Intenté arreglarlo.– ¿Lo dije o lo pensé?

–Lo dijiste. Y no voy a contestar ni el día ni el mes. Pero el año en que nacieron tú y mi madre debe ser el mismo.

Excepto tumbados, aquella semana bebimos en todas las posiciones posibles. Cada vez que nos despedíamos y en la primera frase que intercambiábamos en la mañana hablamos de ir a rehabilitación. En algún sitio habíamos escuchado “Me and Mr. Jones”. Ella también se sabía la letra.

Un jueves pasó a buscarme. Cómo sabía que a esa hora estaría en el lugar donde nos habíamos conocido no era difícil de adivinar. El mensaje en el teléfono era directo y claro. “Sal”. En el coche, encendido, había una botella de vino, rosca no corcho, y un disco sonando en el reproductor. Cómo se había enterado de que era mi favorito. Terminamos de escucharlo bebiendo y fumando.

–¿Por qué quieres escribir? Eres bonita. Con eso basta, ¿no?

–El mérito es de la genética. Quiero hacer algo que sea mío. Sólo mío. –Quiero volverme un clásico. –Unos meses después así iba a empezar su mejor poema. Y siempre llevaba todas las conversaciones a la literatura.

–La poesía es como el amor, ¿no?

–Perdón que te contradiga, –la voz de mi progenitor sonó en mi cabeza. “Nunca, nunca, nunca se debe contradecir a una mujer” –pero creo que es al revés, ¿no? –Su frase no quería decir nada. La mía, viceversa de la suya, tampoco.

Pasó una patrulla de policía en el momento en que después de mirarnos en silencio durante un instante de eso de los que es imposible predecir ni saber la duración pronunciamos la misma frase al mismo tiempo. La frase definitiva. “No tengo que enamorarme de ti”. Tengo en el sentido de obligación autoimpuesta. Yo, por supuesto, estaba mintiendo. Aunque ahora dude, pienso

que ella también. El coche, con las torretas encendidas, se detuvo unos metros delante del suyo. No sé en qué pensaba ella. Yo, en la multa. Continuó su camino sin fijarse en las dos botellas vacías –habíamos comprado otra al terminar la primera- en el suelo del auto.

Sonó el teléfono aquel domingo. No esperaba que fuera ella pero ver la inicial con la que la había agregado a la lista de teléfonos me alegró.

–¿Me acompañas? –No dijo a dónde. Me pregunté si me estaría invitando a ir a algún sitio con ella o simplemente a acompañarla. Una diferencia sutil pero importante. Pensé en contestar quizá o en usar su muletilla favorita. No lo hice.

–Claro. ¿Adónde?

Citó el nombre de un grupo mexicano que seguía conservando su fama a pesar de que sus discos cada vez iban a peor. Un grupo del que su ex parecía un clon del cantante. Mis amigos todavía no lo llamaban el "Región cuatro".

–No puedo. –No quise mentir ni arriesgarme a un problema en el trabajo. –Tengo que entrevistar a un portugués. Espero que hablé español. O inglés.

–¿Quién quiere entrevistar a un portugués? Tuve que explicarle.

–Es The Legendary Tiger Man. No sé mucho de él. –De hecho su música que no había escuchado hasta que me encargaron que lo entrevistara tampoco me gustaba mucho. –Pero es el tipo que grabó videos con Maria de Medeiros y con Asia Argento. Sólo por eso.

–Acompáñame. Me dejas en la fila de la gente que estará esperando para conseguir un buen lugar y tú te vas a tu concierto. –Sonaba a esposa sobreorganizadora. –Paso a tu oficina a las seis. –No me atrevía a explicarle que había quedado a las seis con el amigo que cuando hay que entrevistar a alguien funciona como mi brazo tecnológico. Mi iphone 6 para grabar, mi Leica para las fotografías.

Tuve que regresar corriendo después de dejarla para alcanzar a mi escudero periodístico. Llegué casi con una hora de retraso. Alguien en la oficina le había dicho que no tardaría. Aun así llegamos con tiempo suficiente al concierto. Mientras esperábamos que comenzara intenté ante sus preguntas describírsele. Su cara pasó, mientras yo intentaba explicar no las aventuras sino el cuerpo de ella, de la curiosidad a la sorpresa. Miraba un punto más allá de mi hombro. Sonreía.

–Por lo que dices debe parecerse mucho a esa chica que se acerca. –Conociéndome ni siquiera se molestó en recomendarme un disimulo. –Bueno, más o menos. –Su incredulidad no hizo énfasis ni en el más ni en el menos.

Era ella. Se explicó ante la cara y el silencio de ambos.

–Había mucha gente. Me aburrí de esperar. Ya los he visto mil veces. Muchas con él. –No preguntamos quién era él. –A este cómo-se-llame no lo he escuchado en mi vida. Tal vez valga la pena probar algo nuevo.

Al comenzar el concierto nos colocamos en primera fila, algo que no resultó difícil, por el poquísimo, apenas ochenta personas, público. A mitad del concierto, y aprovechando el pase de prensa y la escasez de fans ávidos de estar cerca de los músicos, nos colamos los tres hasta pie de escenario. Después al camerino donde un botella de Jack Daniels destacaba sobre la mesa. Nadie nos ofreció.

Aunque no sabía si la iba a leer ya tenía en mi cabeza una de las frases de la crónica. “The Legendary Tigerman mira a una chica hermosa que estaba en primera fila del concierto que ha logrado colarse y tenemos que esperar a que se desconcentre para empezar la plática”.

–Yo ya te acompañé. Ahora acompáñame tú. Ahí estará el cabrón con la puta esa con la que está saliendo ahora. –Pensé en comentar algo sobre su lenguaje. Era la primera vez que la oía hablar así.

–Pero..., –ni siquiera me dejó terminar una excusa que era improvisada. Sonaba enojada.

Es una orden.

Llegamos apenas a las tres últimas canciones que ni siquiera pudimos seguir en vivo sino a través de una pantalla. Me señaló a unos conocidos al lado nuestro mientras gritaba algo así como cuando acabe el concierto te los presento. Como cuando coinciden extraños en una fiesta, la presentación con nuestros compañeros de pantalla fue seguida de ese tipo de pausa que significa de-qué-hablamos y que sólo puede romper una conversación generalista.

–¿Eres arquitecto?

–No. No me importaría serlo. Debe ser una buena profesión. Ganan bastante dinero, dicen. ¿Qué te hace pensar que soy arquitecto?

–La Moleskine. –Iba a contestar cuando nos interrumpió.

–Vámonos ya. –Desde cuándo había comenzado a usar el plural.

Bebimos, era el último día de feria y el último permitido, en la calle. Nos sentamos con el cansancio de toda la semana en una banca.

–Sé que cuando diga esto que voy a decir me voy a arrepentir de haberlo dicho pero tengo que decirlo. –La ebriedad convirtió sus repeticiones en un verdadero trabalenguas y me besó en la boca por primera vez. –¿Quieres venir a casa esta noche?



## IX

La escala de huracanes de Saffir-Simpson es una escala que clasifica los ciclones tropicales según la intensidad del viento, fue desarrollada en 1969 por el ingeniero civil Herbert Saffir y el director del Centro Nacional de Huracanes de Estados Unidos, Bob Simpson.

La escala original fue presentada por Saffir mientras pertenecía a una comisión de las Naciones Unidas dedicada al estudio de las construcciones de bajo coste en áreas propensas a sufrir huracanes. En el desarrollo de su estudio, Saffir se percató de que no había una escala apropiada para describir los efectos de los huracanes. Apreciando la utilidad de la escala sismológica de Richter para describir terremotos, inventó una escala de cinco niveles, basada en la velocidad del viento, que describía los posibles daños en edificios. Saffir cedió la escala al Centro Nacional de Huracanes de Estados Unidos; posteriormente Simpson añadiría a la escala los efectos del oleaje e inundaciones.

No son tenidas en cuenta ni la cantidad de precipitación ni la situación, lo que significa que un huracán de categoría 3 que afecte a una gran ciudad puede causar muchos más daños que uno de categoría 5, pero que afecte a una zona despoblada.

## X “Todo el camino esquivando camiones” (Los Planetas)

A la mañana siguiente preparé el desayuno.

En el refrigerador había algo que parecían tres claras de huevo sin batir en un vaso de vidrio y un puñado de espinacas en una bolsa medio abierta. Encontré unos residuos de queso en la alacena. El aceite de la sartén parecía limpio. Salió una omelette sencilla, demasiado sencilla que se enfrió mientras buscaba

algo de beber. Bolsitas y más bolsitas de todas las variaciones de infusiones posibles. Revisé. Dos veces. No había café en la casa. Tenía todo el tiempo del mundo. Casi. Sólo el tiempo.

No sabía dónde estaban las llaves. Dejé la puerta entornada. Compré jugo de naranja en un puesto callejero. Regresé. Desayuné. Dejé la mitad de la omelette en el plato. Cambié los cubiertos sucios por unos limpios. Llegué a tiempo a las diez a la oficina. En el trabajo todo el mundo parecía haber estado en el concierto al que nosotros habíamos llegado tarde.

“Esto es complicado” parpadeó a media mañana el rectángulo de la esquina. Iba a teclear la respuesta. Me había leído la mente. Opté por la salida más fácil (“La vida es complicada”) mientras le ponía un adjetivo posesivo a sus afirmaciones. No me atreví a escribirlo. Volvió a asombrarme con sus habilidades telepáticas. “Lo nuestro es complicado”.

Me mandó su primer poema. No el primero que había escrito sino el primero que me enviaba. Le dije lo que pensaba de él. Lo corrigió y volvió a mandarlo. Me gustó un poco más. Me mandó otro. Repetimos la misma acción. Un poema al día. Entre poema y poema le mandaba links de canciones y frases que en su ambigüedad no decían nada. Ella también fue ambigua, lo suficiente como para guardar en la recámara una bala para cuando llegara el enfrentamiento, una bala que dijera “yo no dije eso”. Lo peor es que no me importaba.

El viernes no mandó ningún poema. Su único mensaje a media mañana fue directo. “Necesito despedirme de ti”. Las canciones funcionan como respuesta siempre. “Fue un placer coincidir en esta vida”. El grupo era malo, pero la cita adecuada. “Quiero despedirme de ti”. Medí las palabras. “Eso es lo que estás haciendo, ¿no?”. La rapidez en su respuesta indicaba que no era la primera vez que lo hacía. “Despedirme. En vivo. ¿Puedo pasar por ti en una media hora? Espérame afuera de tu oficina. Paso con el coche y te montas”. Una pregunta y una orden. “Te

espero afuera". Si nos íbamos a despedir valía la pena que me descontaran el día.

Cumplió exacta con la media hora. Pitó y me monté en el carro.

—¿A dónde vamos?

—Es una sorpresa. Ya verás.

Repetimos la misma conversación tres veces, una por cada anillo de circunvalación. La cuarta vez, ya fuera de la ciudad, intenté ser lo más educado posible.

—¿Podrías decirme, si no fuera mucha molestia, adónde vamos?

—A mi restaurante favorito. —Nunca he sido especialmente campestre, pero la ocasión parecía ameritar que no me quejara. Y dio el nombre de una ciudad a tres horas en carretera de donde vivíamos los dos. Tampoco protesté. Era el momento ideal para decirle.

—Yo no llevo dinero ni tarjetas ni nada. Dejo la cartera los viernes en casa para no caer en la tentación de gastar.

—No importa. Yo dije que te invitaba, la ocasión lo amerita, y yo invito. —Siguió hablando. —¿Sabías que no le pueden cobrar las tarjetas de crédito, las deudas de las tarjetas de crédito a un muerto ni a sus familiares?

La miré por primera vez mientras conducía. Tenía los ojos fijos en la carretera. O había visto algo de terror, no sé cómo, en mis ojos o estaba demasiado acostumbrada a dar explicaciones.

—Hoy me tomé la medicina tarde. En un momento se me pasa. No te preocupes, me sé la carretera de memoria. —Cambió de tema rápidamente. —Mira. Un museo. —No estábamos en medio de la nada sino de la nadísima. Era imposible que hubiera un museo ahí. Tal vez uno de los efectos secundarios de la medicina eran las alucinaciones culturales. Pasamos junto a otro cartel que señalaba el museo conmemorativo de uno de los hechos de la guerra de independencia. Lo señaló mientras yo seguía pensando en qué tipo de medicina sería, qué tipo de chi-

ca habla de tarjetas de crédito y de muerte en la misma frase. Intenté tranquilizarme. Al fin y al cabo iba a ser una despedida.

—Ves. Si había un museo. ¿Vamos? —Preguntó mientras dirigía al coche a un ramal secundario de la carretera. Preguntaba sin preguntar. Llegamos. Estaba cerrado. Habíamos llegado el día del servidor público.

La ciudad a la que íbamos estaba cercada en todas sus carreteras estatales por retenes policiales. Bajó la velocidad cuando nos acercamos a uno de ellos. Ni siquiera le dio tiempo al militar de turno a enunciar la pregunta.

—Somos poetas. Vamos a una lectura. Llegamos tarde.

No me atreví a decirle lo que pensaba hasta que estuvimos ya alejados del puesto de control.

—¿Estás loca?

Volvió a contestar a una pregunta con otra.

—¿De verdad no te habías dado cuenta?

El sonido demasiado agudo de las dos botellas chocando una vez y otra bajo el asiento del copiloto nos recordaba todo lo que habíamos bebido durante el viaje. Y la necesidad de expulsarlo.

—Tenemos que parar. —Intenté expresar mi urgencia de la manera más delicada posible.

—Ya casi llegamos. ¿No me digas que quieres comprar más para beber?

—Necesito liberar lo que ya hemos bebido. Lo que yo ya he bebido.

—Ya estamos llegando. —Aceleró para darle más fuerza a su afirmación. Yo ya tengo hambre. Aguanta.

Busqué las palabras más exactas que pude.

—Necesito un baño. —No recuerdo si le grité.

—Pararemos en el próximo establecimiento. —Dijo establecimiento con la misma frialdad con que alguien pide cigarros en una tienda de conveniencia. — Creo que yo también lo necesito.

Vimos un edificio. Nos detuvimos. No nos dimos cuenta del giro hasta que ya estábamos en la puerta.

–¿Vienen a...? –Era la primera funeraria que veía en mi vida con un guardia de seguridad en la puerta. Su cuerpo no alcanzaba a tapar totalmente el panel de letras móviles donde estaban anunciados los sepelios del día.

–Al velorio de Antonio. –Sólo alcanzaba a leer el nombre.

–Todavía no ha llegado el cuerpo. Si gustan esperar afuera.

Regresamos al coche con esos saltos apresurados de quien ya no aguanta. Anoté mentalmente que en actos compartidos ya teníamos uno más. La siguiente gasolinera, ya a la entrada de nuestra ciudad destino, nos salvó.

Pasamos tres veces por delante de "Fonda Las Carnitas". Estábamos, supuse, buscando estacionamiento o perdidos. La cuarta vez le pregunté si sabía a dónde íbamos. Estacionó en raya roja.

–Qué más da una multa más. –Sacó un spray de su bolso y se asperjó tres veces sobre la cabeza. –Es para las buenas vibras. –Se explicó. –Tengo una amiga bruja.

–Todos tenemos una amiga bruja.

–La mía es de verdad. Me ha salvado la vida varias veces.

Sabía perfectamente cómo llegar al restaurante. Yo normalmente no usaría una palabra en otro idioma para convencer a una mujer, pero el lugar lo merecía.

–*Gorgeous*. –No me molesté en traducirla. –Elegiste bien.

–Siempre vengo aquí cuando quiero algo de paz. La carretera me calma y la comida, ya la probarás, me levanta el ánimo. Y a despedirme. Como ahora. –Me pregunté cuántos había habido antes de mí.

Nos sentamos. Ella eligió la mesa. Exterior para poder fumar y yo le aparté la silla. No recuerdo si lo agradeció. Si iba a ser una despedida que fuera inolvidable. Encargamos las primeras bebidas y la botella de blanco cuando nos ofrecieron la carta. Ella pagaba. Ella decidiría lo que comeríamos. La mesa

tenía, junto a la obligatoria canasta con diferentes variedades y formas de pan, un plato semihondo con dos aceites de densidad diferente. Ese tipo de detalles que hacen que la cuenta sea el doble de lo que debería ser sin ellos.

—Háblame de ti. —Estaba dispuesto a no soltar ni una sola palabra en toda la comida. Yo esperaba que me hablara de su infancia, de sus padres, de todas esas cosas que tanto le aburren a Holden. Esperé que se abriera aunque sin ninguna intimididad del tipo “tengo un tío conflictivo”. Por eso no estaba preparado para lo que vino a continuación.

—Uno de mis novios me regalaba maquetas de lo que iba a ser nuestra futura casa. Una cada semana. Otro lo compartí, en tiempos diferentes, con una amiga. Una amiga a la que besé en la boca una vez. Del último ya te he contado cosas. — No podía protestar. Cuanto más larga fuera la lista de hombres en su vida más tardaría en decirme lo que tenía que decirme. — Ahora estoy enamorado de otro, pero creo que no me hace mucho caso. Su ex está siempre intentando lo que sea para que vuelva. Es inteligente. Eso es lo que más me gusta en un hombre.

Comimos más de lo que debíamos. Bebimos más de lo que comimos. Pagó con tarjeta, dejó una generosa propina en cash y me sentí en la obligación de recordarle a qué habíamos ido hasta ahí.

—No nos hemos despedido.

—Otro día. —Nunca supe si en el tono de su voz había una declaración de amor o de aburrimiento. Quizá de ambas en un porcentaje que yo no alcanzaba a calcular. —Tenemos que irnos. Tengo que estar antes de las nueve en casa. —Volvió a cambiar de tema.—

¿Conoces a Manuel Vilas? —Negué con la cabeza. ¿Qué sería? ¿Cineasta, músico, escritor? No quise preguntar. Continuó. —“Me pasa siempre, y duele, y confunde. Debe ser algo relacionado con la desesperación de vivir. Si estoy en Barcelona, me gustaría estar en Madrid. Si estoy en Zaragoza, me gustaría

estar en La Coruña. Si estoy en La Coruña, me gustaría estar en la cima del Aneto, comiendo setas venenosas bajo el cielo helado. Si voy al cine, en mitad de la película me entran unas ganas revolucionarias de estar en mi casa viendo la televisión. Si estoy sentado en el sofá viendo la televisión, me gustaría estar muerto y enterrado en el cementerio, contando los días que faltasen para la resurrección de la carne". –Lo sabía de memoria.

Encontrar el coche fue más fácil de lo que esperaba. Nos montamos. Aceleró más allá del límite permitido en la ciudad. Sólo conectó su celular al reproductor de música del carro cuando ya habíamos salido.

–En Las Vegas vi este verano a Calvin Harris. Mejor dicho, estuve en su concierto. Estaba muy borracha y drogada. –Pensé en contestarle "dime algo que no sepa". Me callé por prudencia. Yo de Calvin Harris sólo sabía quién era su novia. Jamás lo había escuchado en mi vida. Él, su música, fue lo que me arrulló.

Ella regresó esquivando camiones por la libre. Yo, dormido.



## XI

El primer cazatormentas reconocido fue David Hoadley. Empezó cazando tormentas en Dakota del Norte en 1956 y fue el primero en usar de una manera sistemática datos de estaciones meteorológicas y de aeropuertos.

En 2013, Tim Samaras, de 55 años, su hijo Paul Samaras, de 24, y Carl Young, de 45 años, murieron cuando perseguían un tornado en El Reno.

Cazar una tormenta significa conducir miles de kilómetros, en cualquier momento, y jugarte la vida.

## XII “Una manera de imaginarse al adversario tan rastrera como la nuestra” (Ernst Jünger)

Mientras decidía cuándo y cómo despedirse, o si hacerlo, siguió mandándome poemas. Me gustaban más por el qué decían que por el cómo. Cada uno diferente del anterior. No mejor ni peor. Diferente de un modo que tenía más que ver con sus constantes cambios de ánimo que con lo que contaba. Hablaban, sobre todo, de ella. Yo le envié una frase de la novela que estaba leyendo. “Poco a poco las cosas se encargan de destejer las fantasías llevando cualquier expectativa, si acaso, al piso frágil del deseo”. Respondió casi al instante. “Cuando escriba un libro sobre nosotros lo usaré de epígrafe”.

Fue en esa época en la que inventé un personaje para decirle cosas que nunca le diría a la cara. El diario íntimo de una chica enamorada de otra chica. Lo escribía y, después, lo copiaba como si estuviera citándola. La antologaron en una muestra de poesía joven al norte del país. Ella le dedicaría un poema, meses después.

Cada día, a no ser que alguna junta de trabajo de alguno de los dos lo impidiera, estábamos más preocupados por los mensajes que contestábamos casi inmediatamente que del trabajo. El mío se convirtió en un desafanarse de los pendientes lo más rápido posible. O, simplemente, ignorarlos con excusas cada vez menos plausibles. El suyo, según contaba, en supervivencia zombie y regaños del jefe. “Para eso tenemos dos orejas”, le escribí cuando me contó de esas broncas, “para que por una nos entre y por la otra nos salga”. Cada tarde, algunas de entresemana pero siempre las de los lunes y los miércoles, consistían en excusas para vernos: fumar en la puerta de mi trabajo un cigarro apresurado que siempre se convertía en una cadena de dos o tres encendidos con el anterior, prestar o devolver un libro, tomar un café o un té que la mayor parte de las veces se convertía, por un milagro de deseo, desesperación y necesidad, en vino y cerveza. Algunas noches, bastantes, no todas, terminaban siempre igual. Con frases y más frases. Palabras acumulándose sobre palabras. Y con promesas imposibles.

Una de esas tardes sonó el teléfono de la oficina. Era una llamada interna, de una oficina de rango superior al mío. A esa hora sólo podía significar más trabajo. “Va para allí una muchacha muy guapa. Preguntó por ti”. Supuse, por lo poco que la conocía, que se habría dado una vuelta para exhibirse. “Es la chica de los poemas”, contesté. “La que te enseñé el otro día”. No podía equivocarme. “No, no es ella. Es igual de guapa pero un poco más baja. Y en tacones”. “No sé quién será”. Colgué tras agradecer el aviso y me puse a maldecir mi mala suerte. Casi tenía una y, de repente, aparecía otra.

Recordé algo que contaba siempre mi amiga psicóloga. Según ella, y algún autor al que estaba citando sin nombrarlo, al estar enamorado se generan más feromonas que de costumbre que, a su vez, desatan el deseo, animal pero deseo al cabo, en otra persona. Mi conocida siempre terminaba igual. Como con un tralenguas. “De ahí que cuando alguien tiene a alguien

siempre aparece otro alguien. Y esa es la mala suerte de estar enamorado".

Apenas tuve que esperar. La recién llegada me llamó por mi apellido. No la conocía de nada, aunque quien me había llamado no exageraba. Salimos a la banca de un jardín interior a fumar. Le quité su cigarro cuando lo iba a prender para hacerlo yo. Se lo devolví.

—Me habían dicho que tenías esa costumbre de prenderle el cigarrillo a las chicas. —Fue directa al grano. —Tengo un problema. Grave.

—Cuéntame. —No merecía escuchar penalidades ajenas pero había algo en su rostro, redondeado, sonriente, urgente, que parecía obligarme a hacerlo. "Una mujer en apuros", sonó de nuevo la voz de mi padre en mi cabeza, "es la visión más hermosa de este mundo. Y la más fácil". Estaba preocupado de la hora. Eran como las seis y media y según un pacto no escrito ella aparecería, tras su clase de pole, como a las siete y cuarto.

Me contó sobre su problema, el eterno dilema entre el cuerpo y el espíritu. Me contó que se enamoraba de todos. Y que quería que ese amor fuera también carnal. Me contó que tenía miedo de lo que pudieran pensar de ella. ¿Qué hacía alguien a quien yo no conocía, a quien no me importaría conocer al modo que describía, compartiendo sus problemas conmigo? Me contó mientras yo escuchaba y seguía prendiéndole cigarrillos. Le aconsejé lo mejor que pude. Me agradeció.

—Me dijeron que eras bueno dando consejos. Me preocupé. Por la hora y por saber quién era.

—¿Quién te dijo? —Pudo más mi curiosidad. No estaba preparado para la respuesta.

—Mi hermana. —Intenté no sorprenderme. Por fin sabía, sin habérselo preguntado, quién era. Un motivo más para salir lo antes posible.

—Una hermana que está a punto de llegar.

–Vámonos. No quiero que me vea aquí. –Se levantó rápida.  
–No quiero que sepa que he venido a preguntarte nada.

La acompañé, en un gesto de caballerosidad, hasta la puerta de entrada del edificio sin fijarme en la hora. Nos encontramos con ella. No saludó a ninguno de los dos.

–Tú, –la señaló amenazante con el dedo. –Tú me esperas ahí afuera. Ahora hablamos. Y tú, –me señaló igual de amenazante. –Tú y yo tenemos que hablar ahora. Ahora mismo. Esperé a que se fuera su hermana para preguntarme. –¿De qué hablaron?

–¿Para qué quieres saberlo? Secreto profesional.

–No seas imbécil. –Adiós al encantador “tonto” de los primeros días. Alzó la voz.–

¿De qué hablaron?

–Vino a pedirme consejo.

–Déjame adivinar. Le dijiste que no se preocupara de lo que pensara la gente, ¿verdad? –Se explicó. –Siempre me hace lo mismo. –Iba a preguntarle qué era lo mismo pero continuó. –Consigo un nuevo amigo, se lo presento y se hace amigo de ella. Siempre. Siempre. Siempre. –Lo repitió tres veces como sus asperjadas. –Me los roba.

Dio media vuelta para dirigirse a la puerta donde le había pedido a su hermana que la esperara. Yo volví a mi trabajo. O, al menos, a la silla donde se suponía que debía estar trabajando mientras pensaba en lo que había pasado.

Sonó mi celular. “Tenemos reunión familiar”. ¿Familiar? ¿A quién implicaba eso? ¿A sus padres, a su hermana? “Te espero. En diez”. No dijo, ni hacía falta, dónde.

La reunión fue breve. Ella hacía dos papeles al mismo tiempo. Parecía, era, una hermana mayor que se preocupaba por la pequeña. Parecía una madre que acabara de conocer al novio de su hija.

–Ustedes dos no deben verse.

Pasarían unas cuantas semanas antes de que volviéramos a ver a su hermana. Mientras la rutina, una impuesta por el azar más que por la cotidianeidad, iba apoderándose de nuestras vidas. De la mía y de la de ella.

Era finales de verano y todavía había bastante sol. Estábamos parados bajo un sauce llorón, uno de los muchos de la universidad en la que ella trabajaba, uno junto al que, cuando visito el campus, me siento obligado a pasar. Fue directa, una característica que compartía, por lo escuchado, con su hermana. O, mejor dicho, la hermana con ella.

–Esta noche se me va a declarar.

Contuve mis ganas de partirle la cara ahí mismo. De decirle que lo rechazara. Contuve también mis ganas de besarla como nunca, esperaba, la hubieran besado. En cambio, hipócrita y sinceramente al mismo tiempo, me alegré por ella. Me alegré por ella y me odié a mí mismo. Intenté sonar neutral, leal a ambos.

–Felicidades. Era lo que estabas esperando. No paraste de hablar de él en la comida. El director será tuyo. –Yo esperaba que sonriera. Se echó a llorar.

–Pero estoy enamorada de otro.

Era más complicada de lo que yo hubiera imaginado.

–Pero él está enamorado de ti. –De nuevo los razonamientos se convertían en trabalenguas. –Eso no me lo habías dicho. Da lo mismo. Tú querías al director y, por fin, él te va a querer a ti. Hacen una bonita pareja.

Usó su mejor sonrisa cínica en medio del llanto. Le agarré la mano. Quería darle ánimos sin imaginarme su problema.

–Estoy enamorada de ti, tonto. –Había vuelto al “tonto”.

–Lo nuestro es imposible. Yo no podría cuidar de ti ni tú de mí. Acabaríamos muertos. –Siempre funciona eso de los muertos. La abracé y la besé lo más cerca que pude de la comisura de los labios. Un beso que no fuera ni de amor ni de amistad, un beso en el límite justo de ambos. Se dejó y me devolvió un

beso semejante. Pasaba una ardilla. Nos quedamos mirándola. A partir de aquel día cuando necesitamos cambiar de tema, por doloroso, siempre decimos lo mismo. “Ardilla”, nuestra *safeword*. Una palabra tan secretamente compartida que nunca la usó en nada de lo que escribió. –Te irá bien. –Me corregí. –Les irá bien.

–Te amo.

–Yo también, pero lo mejor para ti es que esta noche le digas “sí” y que lo ames. — Mentí como siempre. –Me alegraré cuando vea tu nombre en los créditos de su segunda película. Tengo que irme.

–No. Sí. No sé. –Volvía a ser la misma chica de la que estaba enamorado. –No te vayas. Vete. Una última pregunta. ¿Tú y yo qué somos?

Era la única para la que tenía respuesta.

–Tú y yo somos pronombres, cariño.

La dejé en la puerta de su oficina, todavía llorando, todavía riéndose.

Regresando a casa en el camión, mientras en el Ipod de una muchacha sentada junto a donde yo iba de pie sonaba demasiado alto “Heroes”, ensayaba mentalmente mi voz para el día siguiente. Un “me alegro” que sonara a “me-alegro-pero-no-me-alegro-pero-me-alegro”. Nunca logré que me saliera. Yo sólo pensaba en el espíritu de la escalera. En volver y rehacer la conversación. En decirle que podíamos intentar tenerla de nuevo. Pero era tarde. Tarde para llegar al trabajo, tarde para decirle. En algún instante de nuestra existencia habríamos sido el rey y la reina de un país imaginario. Había que conformarse con eso. Aquella tarde iba a ser la primera en semanas que bebía sin ella.

Lo que pasó aquella noche sólo lo supe cuando ella me lo contó por teléfono a la mañana siguiente. Era la primera vez que llamaba antes de que fuera su horario de entrada a la oficina. Aunque ella marcaba yo contesté primero. “Felicidades”. Sus

hipos entrecortados fueron el único sonido inteligible al otro lado de la línea. Continué. "Dime que todo salió bien. Que le dijiste que sí". Venció sus lágrimas y contestó. "Fue hermoso. Me dijo cosas más bonitas de lo que esperaba. Por supuesto que le dije que sí. Después nos acostamos". "Felicidades", repetí queriendo tenerla enfrente para abofetearla hasta el desmayo. "No pude. No puedo acostarme con alguien pensando en otra persona. Estaba pensando en tí. Me eché a llorar. ¿Quién en su sano juicio se echa a llorar la primera vez que se acuesta con su novio?". Colgué.

A las pocas horas me mandó un correo. Sin asunto. Con una sola línea. "Y nosotros que esperábamos que cayera felicidad de lo alto".



### XIII

El efecto de Fujiwhara o interacción de Fujiwhara, llamado así en honor al meteorólogo japonés Sakuhei Fujiwhara, quien en 1921 describió el comportamiento motor de dos vórtices ciclónicos sobre el agua, es un tipo de interacción entre dos vórtices ciclónicos, que produce que orbiten uno en torno al otro.

El fenómeno es más fácilmente perceptible cuando dos ciclones tropicales se desarrollan en un mismo momento y comienzan a interactuar. Si la intensidad de ambos fuera equivalente, los dos ciclones empezarán a orbitar en torno a un punto entre ellos. En el caso contrario, si hubiere diferencias de intensidad, el vórtice mayor será el sistema dominante sobre el vórtice menor, obligando a este último a que orbite en torno a él.

Finalmente, en general, el vórtice menor será absorbido por el mayor.

### XIV “La edad en la que los hombres verdaderos se quitan la vida” (Daniel Espartaco Sánchez)

“Nos adelantamos valientes a ser soldados rasos”, le contesté. Ahora leído a la distancia podría haber sido el segundo verso de un poema que nunca íbamos a escribir. El primero sería el suyo. Si algún día lo escribiéramos habría que llamarlo “Amor 2.0”, como el título de un mal libro de superación personal para parejas.

Con novio, la rutina fue apoderándose de nuestras vidas. El director de cine vivía en la capital a donde había ido, como buen provinciano, a probar fortuna. Parecía irle bien. Me alegraba por ambos. Hacían buena pareja: estatura media los dos, pinta de inteligentes, stylish. Yo tendría que conformarme con

los lunes y los miércoles –los jueves los guardaba para su amenazante amiga– y, con suerte, con algún fin de semana que él no regresara a la ciudad. Nunca supe qué hacía los martes. Tal vez yoga pero nunca le pregunté.

Incluso los sitios a los que íbamos se habían convertido en rutinarios. Si ella, siempre decidía ella, necesitaba vino blanco acudíamos a uno de nuestros primeros lugares. Si queríamos que nadie nos viera, elegíamos uno de los lugares favoritos de su ahora novio. Una de aquellas noches ella llevaba una antología publicada por la UNAM. Dijo que quería leerme un poema. Acabaron siendo dos. “Como yo te he querido, por supuesto, / te habrán querido otros. Y otros tantos / en el futuro habrá que igual te quieran”. No esperó a preguntarme que me parecía.

–Todo el mundo debería, antes de proponer una relación a otro, leer este fragmento. –Continuó. –Me encanta ese “por supuesto”.

Buscó la otra página que tenía preparada. Yo no sabía que esperar. Leyó. “Me gustaría invitarte una noche (y aún lo espero) / a charlar, para que te vieran, y a tomar una copa juntos”. Se explicó.

–¿Te das cuenta de que esos dos poemas nos resumen? –No era una conversación era un monólogo. –Sabemos, –usaba la segunda persona del plural como si fuéramos algo. –sabemos que lo que pasó o lo que pueda pasar no es más que un intervalo. –Pensé en Santa Teresa de Jesús. –A veces pienso que en realidad sólo me quieres para salir y que te vean conmigo. –Me abstuve de contestarle que yo pensaba lo mismo. –Esto es imposible. Lo sabíamos desde el principio. –Seguía sin entender cuándo decía yo, cuándo tú, cuándo nosotros. Concluyó. –Sabemos que lo nuestro no va a funcionar.

–No hay nada nuestro. –Interrumpí.

–No hay nada nuestro porque no podría funcionar. –Pareció desesperarse de mi falta de entendimiento a sus trabalenguas. –Te lo acabo de decir.

Fue una de las pocas veces que me rebelé.

–No hay nada nuestro porque tú tienes novio.

–Tengo novio porque tú me dijiste que le dijera que sí.

Hasta nuestras conversaciones se estaban convirtiendo en algo rutinario. Ella rompió el silencio que sigue a la imposibilidad de encontrar un argumento con una frase incuestionable.

–Por Dios. –Era la primera vez que le escuchaba nombrar al altísimo. –Tú tienes más de cuarenta y yo tengo veintisiete. –Pensé, no sé por qué, en bisontes. –Eres de la edad de mis padres. –Lo dijo tan segura y convencida que parecía que no era la primera vez que lo pensaba. Regresamos al silencio, a nuestras botellas, a nuestros cigarrillos. Prendí el suyo y se lo pasé.

–Hagamos una cosa. Intentemos pasar una noche sin hablar. –No sabía que respuesta esperar.

–Vamos. –Pidió la cuenta que yo iba a pagar con el gesto habitual. –Bebamos. Droguémonos. Bailemos. Sin hablar. –Añadió una frase más. Inesperada. –¿Te gustaron los poemas que elegí para nosotros? –Asentí con la cabeza mientras nos levantábamos tras dejar el dinero sobre una bandeja que decía "Keep calm and enjoy life". Al fin estábamos de acuerdo en algo.

Pasamos todo el final de la tarde y el principio de la noche vagando. De un bar a otro. De una bebida a otra con un par de paradas ocasionales para comprar tabaco. Fumamos como nunca habíamos fumado. De un par de lugares nos corrieron por contravenir las normas sanitarias que impiden fumar. También nos saltamos lo de no beber por la calle. Usamos el truco que habíamos aprendido de una amiga. Comprar cerveza en el OXXO y ocultarla en un vaso de café. Uno de los mejores modos de no ser detenido por la calle aunque se esté bebiendo. Nuestra conversación, aunque habíamos dicho que no tendríamos, se limitaba a animarnos.

–¿Seguimos? –Preguntaba cualquiera de los dos.

–Yo aún puedo. –Contestaba el otro. –¿Tú?

–Seguimos.

Acabamos en el último bar que se cerraba de la noche. Acabamos porque nos obligaron a acabar. Eran las cuatro de la mañana y las luces prendidas y los malos modos de los meseros que ya sólo querían descansar mandaron a todo el mundo a la calle, una calle en la que los noctámbulos irredentos, la mayoría conocidos al menos de vista, preguntaban por el sitio a seguirla. Yo me encontré, de repente, sin ella. Las puertas estaban cerradas. Parecía que ya no quedaba nadie dentro. Me pregunté si habría huido o si alguien la habría invitado a una conversación más interesante que la que habíamos tenido aquella noche. Me di diez minutos para empezar a preocuparme mientras negaba a los que se acercaban a preguntarme si podíamos terminar la fiesta en mi departamento. Cuando terminaron los diez minutos no supe si largarme a mi casa a dormir o buscarla. Llamé a su teléfono. No me dejó preguntar. Habló ella. “Ahora salgo”.

Al poco tiempo se abrieron las puertas del tugurio con los últimos despachados. Estaba más saltarina que de costumbre.

—¿Sabes? —Yo no podía saber nada si a duras penas me acordaba de cómo me llamaba.

—A una chava se le perdió el arete en el baño, le ayudé a encontrarlo y como agradecimiento me dieron un pase. Vámonos a casa.

En el taxi de vuelta me explicó su plan.

—Llegamos a casa, despertamos a mi hermana, —parecía haberse olvidado de que nos había prohibido hablar —y vamos a ver dónde desayunamos.

Llegamos y abrió la puerta al tercer intento. Subimos las escaleras sin preocuparnos de todo el ruido que hacíamos. Saltamos sobre la cama sin importarnos las protestas de la despertada. Me abstuve de decir que se veía hermosa en su pijama infantil. Ordenó.

—Vístete. Nos vamos en cinco minutos.

La esperamos en el coche. Obediente, la hermana llegó en el tiempo indicado. Le cedí mi lugar en el asiento del copiloto.

Por educación y para poder recostarme en el asiento trasero. Arrancó sin decir una sola palabra.

—¿A dónde vamos? —Pregunté. Esta vez sí llevaba dinero y la tarjeta en caso de que nuestro destino estuviera lejos.

—Al cerro. Nunca he ido al cerro de madrugada.

La omnipresente voz de mi padre volvió a sonar en el coche. "Una mujer borracha siempre debe estar en posición horizontal". Nunca le pregunté qué quería decir con eso. Me aseguré de sus capacidades.

—¿Estás segura de que puedes manejar?

Por toda respuesta prendió la música y canturreó. La hermana miraba alternativamente a la conductora y a mí en el asiento de atrás. Ella miraba adelante. Yo le devolví la mirada intentando decir "ya veremos en qué acaba esto". Con las calles vacías el único sonido era lo que sonaba y su voz ronca de los excesos de la noche haciendo la segunda voz. "Dulce magnetismo: dos cargas opuestas buscando lo mismo". Como todas las buenas canciones funcionaba para cualquier situación. Para cualquier persona.

Era la cuarta vez que sonaba la misma canción. O se había estropeado el reproductor o lo había programado en repetición. Se explicó.

—Deberían darle el premio Nobel de literatura a Drexler aunque sólo hubiera compuesto esta canción.

—Jamás le van a dar el Nobel a un cantante. Si se lo dan a alguien será a Cohen. Leonard Cohen. —Yo estaba harto no de la canción que sonaba sino de tantas repeticiones. —¿Lo conoces?

—"Dance to the end of love". Te pediría que me bailarás hasta el fin del amor. Pero tú no bailas. Hoy me di cuenta.

La hermana interrumpió la conversación.

—¿Podrían tener una conversación en la que yo pueda participar? Contesté por los dos.

—Te queremos.

Ella seguía con los ojos fijos en la carretera. Debió darse cuenta de que acaba de besar a su hermana en la boca, en parte por esa inconsciencia moral que da el demasiado alcohol, en parte, y sobre todo, para afirmar mi última frase. Frenó en seco.

—¿Están locos? —Concretó la pregunta. —¿Estás loca? Su hermana contraargumentó.

—No es tu novio. —Y contraatacó. —Además, ¿quién eres para decirme lo que tengo que hacer o no?

—Soy tu hermana mayor.

—Estás borracha y drogada. —Ambas habían ido levantando la voz cada vez más. —Estoy harta de que me digas qué tengo o no tengo que hacer.

—Tú también me tienes harta. —Era la primera vez que le escuchaba usar un lenguaje vulgar. —Por mí te puedes ir a la chingada.

La respuesta llegó en un tono de voz mucho más bajo, mucho más dulce, del que habían mantenido hasta entonces. Sonó cariñoso. Irónico.

Esta vez sí te voy a obedecer. —Abrió la puerta del coche haciéndose eco de las palabras de su hermana. —A la chingada.

Los dos la miramos caminar hacia la ciudad de la que nos habíamos alejado como unos siete kilómetros. Ella estaba boquiabierta. Incrédula. Aunque acababa de mandarla un poco más lejos aún, no podía creer la obediencia de ella. Intenté distraerla.

—Te has dado cuenta de que a esta hora de la mañana... —había empezado una frase que no sabía cómo terminar. Busqué algo, lo que fuera, dentro de mi cabeza para completar la frase. Lo encontré y recé para que no lo reconociera. Me repetí y continué. —A esta hora de la mañana las colinas parecen elefantes blancos.

—Es verdad. Qué bonito. —Lo repitió. —Elefantes blancos.

También era blanco el carro que se detuvo junto a su hermana. o podíamos ver si el conductor que abrió la puerta del copiloto era un hombre o una mujer.

Gritó. Me gritó.

–Cabrón, se la van a llevar. Se la van a llevar. Haz algo.



## XV

Desde la altura un huracán parece una obra de arte, pero por debajo y por dentro del huracán la obra de arte se vuelve un terror.

## XVI “¿Ha habido jamás alguna guerra en la que solo sangrara un bando?” (George R. R. Martin)

“Es tu hermana. Con la que me habías dicho que no hablara”, pensé. Bajé del coche. Corriendo. Hacía años que no corría. Nunca, ni en mis clases de educación física en secundaria, he corrido. A mitad de camino entre los dos coches, en direcciones opuestas, crucé la carretera en la que a esa hora de la mañana de un domingo sólo estaban ambos carros detenidos. Grité el nombre de la hermana que o no me escuchó o hizo como si no hubiera escuchado. Cuando llegué apenas pude, resoplando todavía por el esfuerzo inesperado, darle una orden que sonó, más bien, a súplica, a petición desesperada.

—Regresa. —Me percaté de mi falta de tacto en unos momentos tan delicados y añadí. —Por favor. Ven. Ya verás cómo está más calmada.

La voz masculina que salió desde el interior del vehículo convirtió la situación en más urgente todavía.

—Vamos. Yo puedo llevarte de regreso a la ciudad. —Se dirigió a mí. —Déjala en paz.

—Debió añadir un insulto pero no lo recuerdo. Como si yo fuera el culpable de que estuviéramos ahí parados, somnolientos, indecisa ella, preocupado yo. Sonaron unos pitidos, tres, largos, desde el coche que habíamos abandonado. —Si no sabes tratar a una mujer, entonces no mereces tenerla. —Pensé

en contestarle con uno de los consejos de mi padre. No era el momento.

Siguiente intento.

–Por favor. Por favor. Por favor. –En esa casa las cosas, especialmente las palabras, funcionaban en tríos.

–¿Para qué? ¿Para que vuelva a meterse conmigo? –Eso hacen los hermanos, pensé. Pelear y reconciliarse. Pensé en Caín y en mi propia hermana. En José y en Benjamín. En Phoebe Caulfield. En qué habría sido de ellas si alguna de las dos fuera un chico. Mientras la hermana volvió a su única razón para no regresar. –Ya estoy harta.

–Vamos a regresar al coche. –Me sentía uno de esos policías que en las películas le dan instrucciones con la voz más lenta que pueden al suicida que está en la cornisa del edificio.

–Dormiremos y mañana, en unas horas, todo habrá pasado y nos reiremos, se reirán ustedes, de esto. –Insistí. –Vamos. Por favor.

No debían estar tan mal mis habilidades de negociación o ella compartía con su hermana el gen del rápido enfadarse y el igualmente ágil desenfadarse.

–De acuerdo. –Cerró la puerta del carro que arrancó casi inmediatamente y puso sus condiciones. –Pero no quiero que me dirija ni una sola palabra. Por lo menos hasta que lleguemos a casa. –Pensé que ella tampoco tenía muchas ganas de hablar.

Ninguno de los dos tenía prisa por regresar al coche sabiendo, ambos, que podía esperarnos la furia de quien se había quedado.

–Si tiene que decirme algo que te lo diga a ti. –Continuó explicándose. –Y tú después me lo dices a mí.

Sonó el claxon. Otras tres veces. Largas.

–De acuerdo. –Me acordé de los tiempos de la Guerra Fría en la que los líderes del mundo enfrentado se hacían traducir aunque dominaran perfectamente el idioma del interlocutor.

Para saber de la fidelidad de quien traducía. Para ganar tiempo para la respuesta. Me reafirmé. –De acuerdo.

Cuando llegamos le abrí la puerta para que volviera a ocupar el asiento del copiloto. La cerré y yo me senté en el asiento trasero. Tal y como habíamos llegado hasta allá. Nada más acomodarme rompí el silencio del que cada vez me sentía más culpable.

–Parece que ya no vamos a llegar al cerro. –Intenté que mi voz sonara lo más despreocupada posible. –Lo mejor será regresar, desayunar y dormir. Mañana, –me corregí. –Hoy será otro día. Y terminará mucho mejor de lo que empezó. –¿En qué momento me había convertido en motivador personal de dos hermanas que no parecían dispuestas a dirigirse la palabra? Pero no quería saber la respuesta.

–Yo no tengo hambre.

–¿Qué ha dicho?

Parecía que iba en serio lo de hacer de traductor monolingüe. Todavía no habíamos arrancado, ni siquiera encendido el coche.

–Ha dicho que no tiene hambre.

–Dile que yo tampoco tengo hambre.

–Ella tampoco tiene hambre.

Prendió la música para volver a apagarla apenas unos segundos después. Arrancó.

–En unas horas nos habremos olvidado de todo. –Lo intenté otra vez. –Ya no importa de quién es la culpa o si hay culpas. No pasa nada. –Me interrumpió la hermana.

–Claro que importa. –Volvió a su frase. –Ya estoy harta.

–¿Qué ha dicho? –Preguntó la otra.

–Ha dicho que... –estuve a punto de volver a la inútil misión diplomática entre dos países que hablan el mismo idioma. –Basta ya la dos. –Me sorprendí a mí mismo. –Cuando quieran hablarse se hablan, pero no voy a estar todo el rato pasando mensajitos. Ya no estamos en la secundaria. –Intenté animarme

y animarlas. –Ahora sólo hay que encontrar un lugar donde desayunar. Si quieren yo lo preparo.

Una de ellas, no recuerdo quién, habló por las dos.

–No tenemos hambre.

Hicimos los kilómetros que faltaban en silencio. Ella con la mirada fija en la carretera, como en nuestro primer viaje, la hermana mirando por la ventanilla sin voltearse en todo el trayecto. Yo, pensando. En Oscar Wao y en un supervillano. Pensando en por qué preocuparse de si se hablaban o no se hablaban, de si nuestra excursión más que matutina al cerro no había salido bien. Pensaba en lo poco que le importan a Galactus nuestras breves e innominadas vidas.

–Bye. Nos marcamos. –Con esas palabras se despidió cuando después de estacionarse frente a su casa, cerró la puerta con ellas adentro y yo afuera. Regresé caminando y sin silbar.

Fue ese mismo día en el que empezaron las llamadas a horas menos convencionales. Debían ser como las dos de la mañana cuando sonó el teléfono y en la pantalla iluminada apareció la inicial de su nombre.

–Tengo un problema. –Pensé en lo peor. ¿Acaba de asesinar a su hermana y me quería hacer cómplice? Sonaba llorosa pero no tanto. ¿Estaba encerrada en su cuarto mientras la hermana quería entrar a asesinarla? No se escuchaba ruido de fondo.

No le reclamé la hora que era.

–Ya tienes novio. ¿Por qué no lo llamas a él y se lo cuentas? De verdad. Te quiero. Pero creo que es mejor que él te ayude a resolverlo.

–Lo haría. De verdad lo haría. –Se explicó. –Es un problema con él. Por eso te llamo a ti.

Lo que siguió fueron casi quince minutos de explicaciones incoherentes, datos demasiado íntimos y una serie de complicaciones sobre lo difícil que es mantener una relación entre dos personas que están a más de seiscientos kilómetros de dis-

tancia. Intenté aconsejarla aunque odiara al tipo. Intenté que recapacitara y se diera cuenta de que a lo mejor la culpa era de ella. Intenté todo hasta que me di cuenta de lo que quería escuchar. Se lo dije.

–Es un cabrón. –Era y sigue siendo mi palabra favorita para los hombres que tratan mal a las chicas que me gustan. Suena poderosa. –Es un cabrón. –Yo ya estaba acostumbrándome a las repeticiones. –Tú eres increíble y no te merece. Bueno, sí te merece. –Me estaba complicando yo sólo. Retomé el hilo. –Mira, se va a dar cuenta de todas las estupideces que te dijo y te va a llamar en unos días y te va a pedir perdón y todo va a estar bien. –Aproveché la llamada. –¿Pasarás el lunes por la oficina?

–No creo que me dé tiempo. Tengo una sesión de fotos. –Citó el nombre de uno de los fotógrafos jóvenes de la ciudad, experto en fotografía de desnudo femenino.

¿Estás segura? –Eso debería contárselo a su pareja y no a mí. Él era el que debía preguntarle si estaba segura. –¿Le has dicho?

–No. –Gritó. –Claro que no. Son amigos.

–Con más razón.

–Sólo lo sabes tú. –No le creí. –No se lo digas a nadie.

–No. –Tenía sueño. –En la semana me escribes o me marcas, ¿vale?

–Descansa. Buenas noches. –Colgué.

Descubrí al llegar a la oficina, sólo uso redes sociales en la oficina, que su hermana me había agregado. Aquella semana hablé más con su hermana que con ella. Tal vez lo de las fotos no fuera sino una excusa para alejarse un tiempo. Además, coincidieron los preparativos, exhaustivos según ella, de la feria de la universidad y el inicio de un nuevo ciclo en mi trabajo. Yo le pregunté primero. “¿Cómo estás?”. Respondió rápido y directo. “Enojada con los dos”. Lo siguiente a pesar de la falta de signos parecía una interrogación. “Tú también le vas a hacer el paro

porque ella es la pequeña y soy la que la tengo que cuidar y echarle broncas”. “No. Para nada”. Fin de la discusión. Fin de la conversación.

Abrí la ventana de mensaje y tecleé el nombre de la recién agregada. La misma pregunta. “¿Cómo estás?”. La misma rapidez en la respuesta. “No me habla desde ayer”. Me dio más detalles sobre la familia. “Siempre lo hace. Va a estar una semana como si no compartiéramos la misma casa. Mira”. Me envió una foto de dos caballos paciendo tranquilamente. “Ellos también son parte de la familia. Y son más simpáticos que tu novia”. “No tengo novia. Ella tiene novio”. Yo creía que le caía bien. “Nunca está. Es el novio invisible”. Me reí sin ponerlo en la ventana de conversación. “Invisible”. Reafirmé. “Suena bien”.

Apenas nos vimos el viernes unos minutos, apenas un cigarrillo apresurado, en la puerta de mi oficina. Mientras ella iba de una cita a otra. Le pregunté por las fotografías. Me dijo que aún no se las sacaba. Que no había decidido qué ropa usar. No me atreví a preguntarle quién es tan arty que piensa qué ropa ponerse para una sesión de desnudos.

Todo había estado calmado esa semana. Si hubiera sabido algo sobre relaciones humanas o huracanes no me hubiera confiado tanto. Salí puntual como siempre a esperar a mi amigo más impuntual. Mientras pasó la hermana. Le dije lo primero que se me ocurrió. “A las doce voy a estar en...”. Y cité el mismo sitio en el que habíamos estado la semana pasada. “Perfecto. Este fin de semana no fuimos al pueblo. Te veo ahí a las doce”.

El bar en el que, por desesperación horaria, terminé esperando a mi amigo estaba justo enfrente del edificio. Tras ponernos al día con los asuntos de la semana, algo que implicaba la confirmación de todo lo escrito en el chat, le conté que tenía una cita esa noche. A pesar de sus gustos musicales y en materia de sustancias ilegales, él siempre conservaba la cordura.

—¿Y su novio?

Me expliqué y, de paso, alardeé.

–No. No con ella. Con su hermana. A las doce. –Propuse. –Todavía tenemos tiempo para beber. Si quieres venir, ya sabes que eres bienvenido.

–Paso. Y tú tampoco deberías ir. Ya tiene el mundo demasiados líos como para añadirle uno más. –Me reconvino como si fuera mi hermano mayor. –En serio. No te metas en líos.

Sonó el teléfono mientras yo estaba en el baño. Lo había dejado en la mesa.

–Te llamó. –Y dedujo. –Vas a tener problemas.

Devolví la llamada. No me dejó hablar. “Ya está lo de las fotos. Nadie las va a ver nunca. El invisible, ya sé que lo llaman así, no viene este fin de semana. Me voy a meter en la cama con mis cajas de recuerdos y arreglarlas. Te marco el lunes”.

Aun no sabíamos lo difícil que iba a ser llegar hasta el lunes.



## XVII

En la mayoría de los folletos turísticos con destinos al Caribe o al sur de México suele haber, en papel color ocre, al final, unas páginas con un breve manual sobre huracanes y destinos vacacionales.

Y ofrecen consejos.

Un barco crucero es una gran forma de visitar el Caribe durante la estación con riesgos de huracanes porque los cruceros pueden reprogramar sus rutas si hay amenaza de huracanes y evitarlos.

Algunas cadenas hoteleras ofrecen protección contra huracanes.

Visitar las islas con menor riesgo que son las que están situadas más hacia el sur: Aruba, Barbados, Bonaire, Caicos, Curaçao y Turks.

Reservar con agencias que le permitan cancelar sin gastos.

En todos los manuales olvidan el punto más importante: hacerle caso a los manuales.

## XVIII “En la mujer que nos sobrecoge no tiene que haber nada familiar” (James Salter)

—No vayas. En serio. —Era la primera vez que me daba un consejo y añadía “en serio”. —Y si vas y algo sale mal, no vengas a buscarme llorando.

—Todo saldrá bien. Sólo voy a tomarme algo con ella.

Continuamos hablando de los nuevos discos que había escuchado. Aunque había sido uno de los mejores diyéis de la ciudad, hacía tiempo que no tocaba. Su pasión musical, sin embargo, seguía intacta. Me habló del último de Frank Ocean y del simple de un oscuro grupo indie español. Volvió al tema.

–No vayas.

–Si tanto miedo tienes a lo que pueda pasar, ven conmigo. –Lo que quería decir en realidad era “puede que no llegue y no quiero quedarme solo como un idiota esperando en uno de los bares de moda”. –Te lo pasarás bien. Seguro que llega con una amiga.

Con mi amigo sibarita, le llamaban así por su buen gusto musical, siempre era beber y hablar, hablar y hablar y hablar. Y siempre en forma de pregunta me contó los últimos chismes locales (“¿sabes que te buscan para partirte la cara?”), los últimos enamoramientos (“¿sabes que a “pelos raros” la llaman ahora “la chupasangres” porque sólo sale con jovencitos menores de 20?”), me contó de él.

–Quiero volver, pero no quiero volver. –Mi amigo nunca esperaba consejos. Siempre que los quería los pedía. Bastaba con escucharlo. –Regresó al tema. –Está buena la hermana. Pero creo que está loca. Las dos están locas. Aún estás a tiempo de dejarlo. –Regresó a él mismo. –Ahora estoy en un impasse. –Tuve ganas de preguntarle dónde había aprendido esa palabra.

–Al grano. ¿Me acompañas?

Mientras esperaba la respuesta pedimos otra ronda. Pareció no escuchar mi pregunta.

–Es que no sé qué hacer. Sí me gusta, pero es complicado. –¿Estaba hablando de él o de nosotros? –Espera. Necesito un tiempo para tranquilizarme.

Insistí.

–¿Me acompañas?

Faltaban dos horas hasta descubrir si la hermana aparecería o no. Seguimos hablando y poniéndonos al día. Cuando ya casi era la hora pidió la cuenta, que pagué yo, y se levantó decidido.

–Vámonos.

Llegamos. A pesar de la fila para entrar, pasamos nada más con pararnos en la puerta. Saludó a todo el mundo. De abrazo,

como siempre. La booker que trabajaba trayendo músicos al lugar se le acercó. Se le notaba la desesperación en el flequillo mal arreglado.

—No ha llegado el headline. ¿Por qué no subes tú y pones música un rato?

Contra lo que yo esperaba accedió. En apenas dos canciones puso a todo el tugurio a bailar. A mí no me quedaba más remedio que disfrutar de la Velvet remezclada, de Savages y de un grupo extraño que se dijo que se llamaba Marta & María. Llegó.

—Hola.

Había llegado sola aunque cuando la encontré en la calle estaba con un grupo de seis o siete personas más.

—¿Qué quieres beber?

—Lo que sea. Quiero divertirme.

La booker sonreía, algo poco habitual en ella. Jamás llegó el invitado estrella de la noche. Mi amigo siguió tocando, combinando rancios temas de northern soul con ruidos de fondo con grupos que ni ellos mismos debían saber que existían, combinando el pasado y el futuro apenas presente. Le agradecí en silencio aquella banda sonora de mi realidad. No le dije a la hermana que estaba junto a mí quién era él. Yo estaba frente a la mesa de mezclas viendo cómo combinaba y unía, con un editor a tiempo real, las canciones que enloquecían a la gente. A mi lado sólo veía pelo moviéndose a un lado y a otro.

—¿Tú no bailas?

—No. A mí lo que me gusta son los botoncitos.

Algo debió hacerle gracia en mi frase porque, sin que yo me diera cuenta, me sacó una fotografía que subió a una de sus redes sociales etiquetándola con mi nombre y un comentario. "A él le gustan los botoncitos". Terminó la fiesta con las luces encendidas y una canción nada irónicamente titulada "Música para cerrar las discotecas". Salimos antes de que los meseros

cansados empezaran a sacar a todos. Los dos estábamos un poco bebidos.

—¿Adónde vamos? —En su pregunta más que insinuación había ganas de seguir la fiesta. Intenté ser lo menos cortante posible.

—Yo a mi casa, tú a la de ustedes.

—¿Me acompañas? —Debíamos estar como a media hora andando en una noche aún calurosa. Mi padre nunca me había hablado de las mujeres que proponen planes, pero imaginé su voz diciéndome “si ella propone, obedece”.

—You do not just walk into Mordor. —No supe por qué dije eso pero sonaba bien. — Vamos.

En el camino hacia su casa, que se convirtió en casi una hora, hablamos poco pero elaboramos un plan.

—El fin pasado ustedes me despertaron. Vamos a despertarla.

Se me hizo buena idea. Entramos sin preocuparnos del ruido que hacíamos. Subimos a la segunda planta y sin avisar, saltamos los dos a la vez sobre la cama de ella entre gritos de “despierta” y “vámonos al cerro”. No estaba dormida.

—A él le gustan los botoncitos. —Con un tono de voz infantil intentó sonar irónica. De lo que menos ganas tenía yo en aquellos momentos era de otra discusión familiar de una familia que no era mía ni por noviazgo.

—Ya. Tranquila.

—Tranquila, mis huevos. —Se corrigió. —Mis ovarios. Déjenme dormir y hagan lo que les dé su pinche gana. Luego hablamos. —Nunca supimos a quién de los dos o a los dos prometía una conversación futura. Se dio media vuelta mientras su hermana y yo nos poníamos de acuerdo con la mirada para salir de aquella habitación.

Desperté en su casa con la misma ropa y sin ganas de preparar el desayuno. El refrigerador que había conocido siete

días antes estaba vacío. Compré en la esquina gorditas y jugo de naranja para dejar.

Cuando llegué a la oficina el domingo a mediodía para adelantar los posibles pendientes de la semana esperaba un mensaje de ella. No estaba pero en su lugar había un mail de una institución cultural. El mail era muy claro. Lo único que no decía era la razón de que fuera yo y no otro. Me habían elegido por ser el único que no les iba a preguntar cuánto ganaría con el proyecto. Sabían que lo haría gratis. Se trataba de recopilar textos eróticos de diversos autores, libres de derechos, para acompañar una serie de fotografías.

En el mensaje venía un número, el teléfono del fotógrafo elegido para acompañar los textos. Planeamos la cita para el lunes. Era el mismo artista que le había tomado las fotografías a ella. Se suponía que yo no sabía y él no sabía que yo sabía. Tratándose de ella hasta ver unas cuantas instantáneas se convertía automáticamente en un trabalenguas.

Elegir las interiores fue fácil. La portada fue aún más fácil. El fotógrafo habló primero.

–No quieres saber quién es.

–Sí, sí quiero. Habrá que pedirle permiso, ¿no? –Algo en su manera de sonreír me decía que yo sí sabía quién era. –¿La conozco?

–Tú le vas a pedir permiso.

–No me digas que es... –No me atrevía a pronunciar el nombre. — ¿O sí?

–Sí.

–No.

–Sí.

Ni siquiera hizo falta que ninguno de los dos pronunciara el nombre para saber que estábamos hablando de la misma persona. De ella.

Llegué al día siguiente a la oficina. Abrí la ventana que tenía su nombre. Fui, extrañamente, directo. “¿Cómo le dirías a

una chica que su foto desnuda va a ser la portada de un libro?”. La respuesta no tardó en llegar. En tres mensajes consecutivos. “Así”. “Una fotografía en la que tú apareces ha sido elegida para ser portada de un libro”. “Y la felicitaría”. Me costó enviarle mi siguiente mensaje. “Felicidades. Una fotografía en la que tú apareces ha sido elegida para ser portada de un libro”. Contestó. “Te equivocaste. No era esta ventana”. “No, no me equivoqué. El mensaje era para ti”. “¿Qué? ¿Qué? ¿Qué?”. “Acabas de leerlo. Felicidades”. Le envié la foto de parte de su cuerpo desnudo sobre fondo rojo.

La conocía lo suficiente como para saber que no iba a contestar por escrito. A los quince segundos sonó el teléfono. No hizo falta mirar la pantalla para saber que era ella; tampoco hizo falta imaginación para saber lo que iba a decirme. Intenté adelantarme.

—Cálmate. Por favor. Te lo puedo explicar.

—Eres un cabrón. Un auténtico cabrón. —Repartió, mejor dicho, igualó las culpas. —Tú y el otro tipo. Son los dos unos cabrones. Los mato. Les juro que los mato. —Aún faltaba una semana para que nos lo dijera a la cara.

Ese mismo día busqué a mi psicóloga, mi loquera como la llamo cariñosamente. Quedamos para vernos a última hora de la noche en el bar frente a mi oficina. La puse al día. Nunca he ido a terapia formal pero siempre que tengo problemas ella está ahí y además de escucharme y darme consejos que nunca sigo me invita a las cervezas a cuenta de la asociación civil para la que trabaja.

—Deberías abandonar toda esperanza. —Estaba citando a Dante aunque había sacado la frase de un *best seller* gringo. —Los dos son narcisistas y ella tiene novio. Debería ser suficiente. —Me recriminó. —Sólo a ti se te ocurre salir una noche con su hermana.

Hubiera seguido reprochándome y ofreciendo consejos, algo que en ella iba indisolublemente unido, si no hubiera sido por la interrupción.

—¿Me invitas una cerveza?

Había hablado con la fotógrafa despeinada tres o cuatro veces en mi vida. Esa era la primera en que ella hablaba primero. No me había dado tiempo a contestarle cuando ya estaba sentada junto a mí en la banca corrida que ocupaba la pared de la primera parte del bar. Un año después se cortaría el pelo a lo Jean Seberg pero aquella noche estaba arregladamente despeinada.

—Sí, claro.

Mi psicóloga fue más rápida que yo. Se acercó a mi oído.

—¿Llevas dinero para invitarla?

—No, pero ya veré como lo hago.

Se levantó, me susurró algo así como "sí le gustas. Lo puedo ver en su lenguaje corporal. Mañana me cuentas" y se despidió de mí con un apretón de manos en el que había un billete de doscientos pesos. "Luego me los devuelves", volvió a susurrar.

—Sí, claro. —Me volteé a la recién llegada. —¿Qué cerveza quieres? Lo mejor estaba por comenzar.



## XIX

Es necesario hacer acopio de tapabocas o mascarillas y guantes desechables, pinzas, tijeras, cuchillas, navajas, termómetro oral, ganchos de nodriza, gotero, lupa, linterna, libreta y lápiz, caja de fósforos o encendedor, lista de teléfonos de emergencia, manual o folleto de primeros auxilios, pañuelos desechables, toallitas húmedas, manta térmica, colchones de aire, bolsas de plástico, vasos, platos y cubiertos desechables, aguja e hilo. Comida enlatada y un abrelatas. También una cacerola de cristal o porcelana para hervir agua y una estufa portátil de gas, queroseno o carbón. Es muy útil tener algunas herramientas (martillo, soga, sierra, destornilladores, alicate, pala, clavos, tornillos, taladro...). Además, también debe contener por lo menos tres galones de agua por persona (y cambiarla cada seis meses para mantenerla fresca), ropa de protección, impermeables, ropa de cama o sacos de dormir, radio a pilas, linterna y pilas adicionales, artículos especiales para bebés, ancianos o familiares discapacitados. Debe de guardar comida no perecedera en abundancia. Reemplace los alimentos almacenados cada seis meses (puede consumirlos o donarlos cuando termine la temporada de huracanes). Controle que siempre haya una batería cargada y un teléfono celular disponible.

Deberá guardar en su casa dinero en efectivo y tarjetas de crédito.

## XX “¿Lo echamos a cara o cruz o lo hacemos por la cara?” (Santiago Auserón)

Fueron ochenta y cinco llamadas perdidas. La fotógrafa había dejado su teléfono olvidado en el coche, compacto, de dos plazas, blanco y de una marca cara. El mío en la noche se había

apagado por falta de batería y de previsión. Salí a buscarlo cuando al despertarnos necesitábamos saber la hora.

Eran las diez de la mañana y de las ochenta y cinco llamadas, setenta y tres eran de sus padres. Se veía hermosa y seria al mismo tiempo. Se puso aún más hermosa y más seria cuando le pasé el celular. Movía el dedo repasando todo lo no contestado. Puso a “Belle and Sebastian” en el reproductor mientras decía, más seria todavía, tenemos un problema. No dijo tengo sino tenemos. Habló.

–Podría ser “Sunday Morning”. –Sonrió y le devolví la sonrisa intentando mirarle la cara. Continuó.–Pero hoy es miércoles. –Volvió a la seriedad. –Tengo que llamar a mis padres. Están preocupados.

Le di la espalda para dejarla hablar con toda libertad.

–Quédate. –Lo dijo con esa naturalidad con que un amante le pide a otro que llegue más tarde al trabajo y que se quede un rato más.

Me senté a su lado y la agarré de la mano como si eso fuera a aliviar en algo la bronca que se avecinaba. Yo no sabía qué podían decirle sus padres tras no haber llegado en toda la noche a su casa. Me asombró lo rápido que lo solucionó con una excusa que involucraba unos planos, la casa de una amiga y haberse quedado dormida. Yo llegaba tarde a mi trabajo aunque no pensaba en eso. Nos vestimos rápido y salimos. Me atreví a preguntarle en la puerta del coche en el que no me montaría para que ella no tuviera que desviarse y regresara lo antes posible a su casa.

–¿Quieres salir conmigo? –Yo estaba pensando en otro día.

–Serás mi primer novio. –No me atreví a contradecirla.

Siempre he llevado un diario, pero aquella mañana al llegar a la oficina, nada más aceptar su solicitud de amistad y preguntarle cómo había llegado y que tal le había ido, comencé otro. Un diario tan íntimo que nadie sabría que era mío. Abrí un correo electrónico y una cuenta en una red social con mi nombre

en femenino y los apellidos de mis dos amigos más cercanos. “¿Qué estás pensando?”. Contesté.

“Alejandra murió más o menos por los mismos días en que apareció X. Coinciden en muchas cosas y en muchas son diferentes. Es como si alguien hubiera dividido a una mujer ideal en dos, tres, cuatro o quince partes y las hubiera esparcido por el mundo esperando que las encontráramos sucesivamente. Pero llegó X y fue como si el azar hubiera decidido que suspendiera la búsqueda”.

Nos veíamos todos los días. Estar con la fotografía era como estar con ella pero con tranquilidad. Todos los días nos hacíamos una fotografía besándonos. Llamamos a esa carpeta en nuestras computadoras “Noctámbulos”. Por prudencia la recortábamos al subirla a las redes sociales. Sólo se veían dos marañas de cabello que nunca acababan de estar peinadas.

En el diario la fotografía se convirtió en una inicial, ella en un nombre inventado. “Alejandra está enferma. Hay algo dentro de ella que no funciona bien. Algo así como un nervio que no conecta con otro, un látigo de neuronas que se mueve de un lado a otro. Nadie lo sabe”.

Fue también la misma época en que comencé a pensar en huracanes, en cómo las personas siempre pueden compararse con un fenómeno atmosférico. Pensé en los dulces brotes de mayo y en corales, en cirrocúmulos y tormentas tropicales. Pensé también en ojos, en los reales y en los que dan calma, una calma a punto de romperse siempre.

Si exceptuamos a una amiga que estaba estudiando su maestría en otra ciudad, nadie estaba enterado de la simulación y por eso podía escribir con una libertad nueva e inesperada. El diario era como la fotografía, un descubrimiento continuo.

“X.se desnuda diferente depende del tiempo que tenga. Cuando sabe que apenas tenemos unos minutos se queda en ropa interior nada más entrar al dormitorio. Si la noche, por alguna mentira suya o porque debíamos estar en otro sitio, pro-

mete ser larga, se tumba vestida y jugamos y fumamos. No creo volver a enamorarme de nadie como lo estoy de ella”.

Seguía, por supuesto, hablando con ella. De los problemas con su novio y de sus propios problemas. De cosas de trabajo y de canciones. Cada vez menos. Cada vez más monosilábico. Cada vez más “¿qué te pasa?”. Cada vez más “nada”.

Pensaba en ella.

“Alejandra es maravillosa pero jamás será mía. Esa certeza es cada día más poderosa, más recurrente, más cierta. ¿Cómo me siento cuando estoy con ella? Como en un festival de escenarios múltiples. Como en un pequeño museo en Londres. Como en una catedral gótica francesa. Es esa sensación de estar viendo algo a cambio de perder otra cosa. Es perderse en la claridad inaudita de un Veermer. Es sentirse en medio de un aire de cirio recién apagado. Una sensación de unicidad que termina. Que termina siempre”.

La echaba de menos.

Una noche la fotógrafa me preguntó quién era Alejandra. Le dije que nadie. Un personaje inventado para contrastar a X. No me creyó. Tampoco dijo nada.

Había momentos en que no sabía de quién estaba hablando.

“Todo amor es una urgencia, vive X. Lo vive. Y en su manera de vivirlo hace que el mundo ande. O, al menos, la noche que va cayendo. Insoportablemente rápida como una alarma en cuenta regresiva”.

Recordaba el poema de Vilas que ella había citado una de nuestras primeras noches. Yo no lo sabía de memoria pero lo había impreso y lo tenía frente a mí en el escritorio de la oficina.

“Todo me persigue, ciudades, cines, casas, cementerios. Si estoy con amigos, preferiría estar con amigas. Si estoy con amigas, me gustaría estar con enemigos. Si estoy con enemigos, me gustaría estar en casa durmiendo la siesta. Si me compro unos zapatos con cordones, en que salgo de la tienda y ando por la calle empiezo a envidiar a todos aquellos que llevan zapatos

sin cordones. Y también me pasa con las camisas, las cazadoras, los pijamas, y las sandalias en el verano. Y también con las vidas: si me pienso abogado, preferiría ser médico. Si médico, sacerdote. Si sacerdote, hombre casado y con siete hijos. Si casado, soltero. Si soltero, viudo muy apenado. Si viudo, monje. Si monje, matador de toros. Estés donde estés, no has acertado por completo”.

Y me repetía una y otra vez esa frase. “Estés donde estés, no has acertado por completo”. Se lo envié a las dos. Las dos contestaron al mismo tiempo. Las dos con canciones. No abrí ninguna.

Nuestra historia nunca había comenzado. La de la fotógrafa, aunque nos lo negábamos otra vez con besos y urgencias, sabíamos que terminaría, aunque fue mucho más pronto de lo que esperábamos. Pensaba en las dos.

“¿Dónde comienzan los conflictos? ¿Con qué frase o qué malentendidos surgen? ¿Habría algún modo humano de decir exactamente lo que se quiere decir? O, mejor aún, ¿Habría algún oído tan perfecto que escuche justo lo que decimos y no lo que queremos decir, lo que los otros creen que queremos decir? Un espejo tal vez sería la solución. Pero los espejos se rompen y son lo más difícil de arreglar”.

Pensaba en las dos y no sabía con cuál de ellas hablaba.

“¿Pensará ella lo mismo que yo? ¿Se dará cuenta de que todo, lo bueno y lo malo, es inevitable? ¿Cómo sabes que el iceberg es inminente si sólo se ve una décima parte de su superficie? ¿Qué nos deparará el futuro? ¿Existe el futuro? ¿Existe algo salvo la siempre incierta incertidumbre? ¿Pensará ella lo mismo que yo?”.

Aun así, ella con el director, yo con la fotógrafa, encontramos tiempo para vernos. Yo la escuchaba. Cuanto más tiempo estuviera hablando de ella, menos tendría para preguntar. Hablar con ella era como volver a los tiempos de la escuela cuando los niños alargan la clase innecesariamente con preguntas ton-

tas para evitar que el maestro deje o revise la tarea. Era un estar juntos sabiendo que nos esperaban, a ambos, nuestras obligaciones cotidianas, esas justamente a las que sabíamos que si volvíamos nos aburrirían.

Viviendo en una ciudad tan pequeña, ella acabó por enterarse de lo del seudónimo y el diario publicado. Lo dejó caer en uno de nuestros cada vez más espaciados y más cortos encuentros. Ya ni siquiera podíamos, por tiempo, terminarnos una botella. Uno de los dos tenía siempre que estar en otro lado.

Estábamos sentados en uno de nuestros lugares habituales, un lugar que también frecuentábamos cuando no estábamos juntos, cuando estábamos juntos con otros. Lo soltó a bocajarro.

–Me gusta lo que escribe Luisa. Intenté parecer sorprendido.

–¿Perdón?

–Luisa. –Siguió como si no me hubiera escuchado. –La chica que está enamorada de dos chicas a la vez.

Volví a intentarlo.

–No sé de qué me hablas. No se molestó en explicarse.

–Ojalá sean felices.

Aquella noche hablamos demasiado sin llegar a ninguna conclusión. Recuerdo que lo último que dijo fue algo así como “mañana nos veremos en la exposición”. Yo no sabía ni de qué mañana ni de qué exposición estaba hablando.

A la mañana siguiente la fotógrafa nos invitó a una colectiva de estudiantes de arte con textos de poetas locales.

–Me interesa ver lo que están haciendo y a ti te interesa la poesía. –Ordenó. –Vamos. Como era lógico, la fiesta en la que al final se convirtió la inauguración estaba llena de conocidos comunes. La fotógrafa se lanzó al baño, quince minutos con uno solo para tanta gente. Ella me llamó desde el jardín del bar. Me acerqué. Me besó en la boca y nos separamos sin decir ni una sola palabra.

Pasó una semana sin hablarme por ninguno de los medios habituales hasta que llamó y fue, como siempre, directa.

–Que tienes novia. –Sonaba entre la afirmación y la pregunta.

Si era una pregunta, no la contesté. Si era una afirmación se la devolví. Intenté sonar todo lo tranquilo que no estaba.

–Tú también tienes novio. –Me reafirmé. –Y tú lo conseguiste antes.

–Tengo novio porque tú me dijiste que le dijera que sí.

Ya habíamos tenido esa conversación antes y se acercaba la época de los cumpleaños.



## XXI

El Gran Huracán de 1780, Huracán San Calixto o Gran Huracán de las Antillas es considerado como el primer huracán con mayor número de víctimas mortales de los que se tienen datos. Alrededor de 22 mil personas murieron cuando la tormenta azotó Martinica, Saint Eustatius y Barbados entre el 8 de octubre y el 16 de octubre de 1780.

Miles de muertes ocurrieron también en el mar, entre las flotas británicas, francesas, holandesas y españolas que se disputaban el área por la Revolución Americana.

La tormenta se originó en el Mar Caribe, al parecer en la zona de las islas de Cabo Verde, y tardó dos días en llegar a Barbados. Allí los relatos de la época cuentan que el viento era tan violento que gritando no se podían oír ni ellos mismos y que arrancó la corteza de los árboles antes de tirarlos. Todas las casas quedaron destrozadas.

En Santa Lucía se sabe que una flota británica, que se dirigía desde Nueva York a las Indias Occidentales, perdió ocho naves de guerra, del total de 12 que habían zarpado el 7 de noviembre. Muchos de los barcos que se encontraban en el puerto rompieron sus amarras y acabaron entrando en el pueblo. Uno de estos barcos destruyó el hospital. La isla fue devastada hasta tal punto que un explorador británico enviado para calibrar los daños pensó que un terremoto acompañó a la tormenta.

En Martinica el terrible huracán causó 9 mil muertes, con una marejada ciclónica de 7,6 metros de altura. En San Eustaquio, hubo entre cuatro y cinco mil. Después de arrasarlás avanzó hasta Puerto Rico, La Española y Florida.

La última vez que se observó fue el 20 de noviembre en la Isla de Terranova, Canadá.



## **XXII “Empiezo a considerar cualquier acto sexual como un proceso en el que están involucradas cuatro personas” (Sigmund Freud)**

“No todos tenemos la suerte de nacer en octubre”. Apenas comenzaba el mes. Ella cumplía en noviembre. Un mes separaba mis cuarenta y seis de sus veintiséis. En aquellos tiempos comenzamos a pensar en el final. En el final de algo que no había empezado. En el final de algo que no acababa nunca. De repente uno de los dos escribía, adelantándose al otro, una duda en la pantalla. “¿Qué haremos cuando nos aburramos el uno del otro?”. La respuesta, daba lo mismo que fuera mía o suya, era siempre la misma. “Esto no se acabará nunca. Aunque sea imposible”. De ese imposible hicimos una novela que nadie leyó ni leería nunca.

Faltaban quince días para que cerrara un premio literario en la ciudad. Ella quería ganarlo. Yo deseaba que ella lo ganara. Cada año alternativamente se dedicaba a un género. Ese año tocaba narrativa. En una de esas largas noches de comunión con la botella se rompió un vaso, algo que a nadie le importó y hablamos.

—Cuatro páginas al día. Quince días. Sesenta cuartillas. El mínimo. Pensé en contarle la verdad. Lo hice.

—Es imposible.

—De eso se trata. Lo nuestro. —La corregí. “Lo nuestro no. Lo tuyo y lo mío juntos. Lo nuestro guárdalo para el director”. —Tonto. El título tiene que ser “Lo imposible”. Es imposible que estemos juntos. —Sacó todo el odio que cargaba. — Por cierto, ¿cómo te va con la fotógrafa? —Continuó. —Metaficción. — Me pregunté de dónde habría sacado esa palabra y qué significaba. Asentí. Hablaba cada vez más alto y más rápido. —Los protagonistas, sólo son dos personajes, saben que lo suyo es imposible y se escriben. Epistolar. —Esa palabra sí la conocía. —Tiene que

ser una novela epistolar. Como en el siglo diecinueve. –Sonrió.  
–Como en tu siglo.

Intenté toda la noche hacerla cambiar de tema. Todo lo que le decía tenía que ver con la novela o podría entrar en ella. Terminamos en su coche, diez minutos después de que cerrara el estacionamiento del que era tan habitual que logró que la perdonaran y logramos sacar el coche.

–Tenemos tarea. –Pensé en el reporte que tenía que entregar al día siguiente. –Encontremos cada uno una frase que abra la novela. Dos epígrafes que introduzcan al lector a la historia antes de empezarla.

Lo primero que encontré al día siguiente, ella llegaba siempre antes que yo a su oficina, fueron ocho o nueve líneas en la ventana de nuestra comunicación. “Cada uno de esos (...) capítulos habla de un libro que yo tenía la esperanza de escribir pero nunca he escrito. Un libro escrito es algo más que un vacío. Acompaña a la obra que uno ha hecho como una sombra irónica y triste. Es una de las vidas que podríamos haber vivido, uno de los viajes que nunca emprendimos. (...) Es el libro que nunca hemos escrito el que podría haber establecido esa diferencia. El que podía habernos permitido fracasar mejor. O tal vez no”. Mi respuesta fueron tres signos de interrogación. “La cita para el libro. Es George Steiner.

¿Tienes la tuya?”.

Tuve suerte. Mi secretaria había dejado sobre la mesa el libro que estaba leyendo. Lo abrí al azar. Funcionó. “Por supuesto que la tengo. ‘Que empiece el espectáculo – susurró’. Es de Agnes Martin-Lugand”. Le escribí en largo a su correo.

“Queridísima A:

Anoche antes de que el alcohol se apoderará de nosotros hablábamos de la novela con la que íbamos a ganar el Premio Nacional de Literatura Joven ‘Salvador Gallardo Dávalos’. No sabíamos nada. Nada ni de los personajes que habría, ni de dón-

de iba a suceder. Ni cómo empezaría, ni, mucho menos, el final. Sólo sabíamos el tema: lo imposible.

Imposible es escribir un relato perfecto. Imposible es conseguir un taxi en las madrugadas de lluvia. Imposible es ahorrar o mantener un ritmo de vida sano. Imposible es que un equipo de fútbol gane todo siempre. Casi todo en esta vida puede tener el adjetivo de imposible. Dicen que el amor también es imposible pero eso no lo sé. Creo que nadie puede saberlo. ¿Estabas pensando en eso cuando, entre las risas y tu cara de preocupación, aceptaste escribir esta novela? ¿No crees que ya hay demasiadas?"

No sabía que aquella confesión iba a convertirse en el primer capítulo de la novela.

El frío cada día era mayor. El negro se veía cada vez más por las calles. En los mensajes de las playeras de las adolescentes que no tenían miedo al otoño. "Love is the new black". Por miedo a perderlo yo no tenía un teléfono inteligente. No podía fotografiar aquel lema. Se lo envié como mensaje. También a la fotógrafa.

Comenzamos a caer en la rutina. Nos veíamos entre semana. En la tarde. Entre semana porque la mayoría de los fines regresaba a la ciudad su novio, con el que mantenía discusiones interminables casi todas las noches. En la tarde para que yo pudiera dedicar la noche a la fotógrafa. Yo continuaba escribiendo el diario de mi heterónima en el que procuraba deslizar guiños o referencias a ella. Ella había conseguido una columna en un suplemento cultural *on line*. Me gustó mucho el título que le puso. A altas horas de la noche, tras la bronca, o a primera de la mañana, antes de salir a trabajar, me llamaba para contarme de sus problemas. Nos escribíamos durante toda la mañana. Éramos, pensé con palabras de alguien, un matrimonio sin las ventajas del matrimonio. Y con todas sus desventajas. O peor, como amantes con todas las desventajas. Y ninguna de las ventajas.

Continuamos escribiendo la novela.

“Mi único L:

Con respecto a los apegos, a eso que tú llamas aferrarse, te diré que mi particular opinión es: más que mantenernos en el mundo, nos arrojan sin sentido a ‘lo imposible’, es decir, todos (o al menos la población promedio de la que tanto nos burlamos) quisiéramos un amor eterno, un trabajo duradero, felicidad absoluta. Ignorando todos y cada uno de los factores que están fuera de nuestro control, todo aquello que te cambia la vida de golpe, una idea a la cual apegarse es algo así como el principio de mantener la cabeza bajo el agua conteniendo la respiración, el problema no es cuánto puedes soportar abajo, el problema es que te olvidas de soltar el aire para salir a flote, ese flote llamado realidad.

Lo imposible es el tema del cual ni el lector ni el escritor tendrán una noción clara. Vaya enredo en el que nos hemos metido

A”.

Estaba comenzando el ciclo escolar, el momento en que mi trabajo me requería más. Con las mañanas, las tardes y las noches ocupadas apenas tenía tiempo para pensar o para seguir el ritmo con el que ella, puntual y diariamente, iba enviando fragmentos del rompecabezas que era la novela. De vez en cuando plagiaba discretamente a otros autores.

“A:

–Iré llevando las maletas al otro lado de la estación -dijo el hombre. Ella le sonrió.

–De acuerdo. Ven luego a que terminemos la cerveza.

–¿Te sientes mejor? -preguntó él.

–Me siento muy bien -dijo ella-. No me pasa nada. Me siento muy bien.

L”.

Una tarde me dijo algo que no esperaba.

–Lo bueno de que seas feo es que no tengo ninguna distracción externa y así podemos hablar.

Si hubiera pensado la respuesta no sé qué le hubiera contestado. No pude evitar la ironía.

–Gracias por el cumplido.

–Era un cumplido.

Su novio era guapo, la fotógrafa y ella eran hermosas. Yo parecía en ese cuadrángulo sentimental del que dos al menos no sabían nada ser el único que no estaba a la altura. Algo de lo que escribió me convenció de que no estaba cómoda con lo que estaba sucediendo.

“A:

Te odio, te odio con mis vísceras y con el pudor de mi vello, te odio desde lo profundo y lo superficial, te odio porque no entiendo y no lograré comprender cómo es posible que sepas que ese es uno de mis cuentos favoritos.

Te odio porque eres el reflejo de mi mente.

L”.

Uno de los primeros días de octubre era el cumpleaños de su novio, habitante siempre que regresaba a la ciudad del mismo bar en que nos habíamos conocido. Sabía que estaría ahí. Llegué, como por accidente, con la fotógrafa despeinada. Tuvimos la prudencia de besarnos casi a escondidas. Saludamos a casi todos los invitados que estaban al final de la barra rodeando al homenajeado. Excepto a él. Pensé que si algún día escribía una novela el director de cine debería ser un personaje. Aunque me arriesgara a que, siendo más alto y fuerte que yo, más violento, me partiera la cara.

Cuando ella llegó, la fotógrafa y yo ya estábamos en la mesa más alejada de la reunión. Aun así, o quizá por eso, nos vio casi al instante. Saludó de lejos. Envío un mensaje. “Abrázame”. Le contesté. “Es el cumpleaños de tu novio”. Mi acompañante intuyó todo. “Ve. Pero regresa”.

Nos encontramos en el patio que daba acceso a los baños del tugurio. Los dos estábamos temblando. Ella por su blusa ligera. Yo por miedo. Nos abrazamos. Pasó alguien que estaba en el cumpleaños. No dijo nada.

–Esto es imposible. –Lo dijimos ambos.

Regresé a mi lugar. Nos terminamos las cervezas y salí con la siempre despeinada hacia otro rumbo.

–¿No te vas a despedir? –dijo mientras yo dejaba sobre la bandeja el dinero justo de lo que habíamos tomado.

–Ya lo hice.

Al día siguiente ella me mandó el último capítulo.

“Mi difunto L:

Te quiero pero es imposible.

A”.

¿En qué momento la novela se había convertido en nuestra vida?

## XXIII

La depresión no tiene necesariamente por que convertirse en un huracán.

## XXIV ¿Por qué morimos de a poco, como por comas / y no en un limpio punto final? (Diana Delgadillo)

Empezar a confundir una novela y la vida me confundía. Volví a citar a mi amiga psicóloga. Tras los saludos de rigor me ordenó a bocajarro antes de que yo pudiera contarle mis últimos retrocesos.

–Háblame de tu infancia.

No estaba preparado para contestar. Y aun así lo hice.

–No puedo verme siendo niño. Mis primeros recuerdos son de cuando tenía once o doce años.

Me interrumpió.

–De algo debes acordarte.

Yo no sabía qué quería saber, qué quería descubrir en mi falta de memoria. Continué.

–De antes sólo tengo fotografías. Y las explicaciones de mis padres sobre esas instantáneas.

Cito. Siempre citaba.

–“Una infancia feliz es la que no deja huella”. Fuiste feliz. Y por eso te empeñas, una vez y otra, en buscarte problemas. Por eso estás siempre de un lado a otro. Buscando tu infancia. Por eso la gente dice de ti que eres un niño grande.

Repetía “por eso” como si en vez de un regaño o una admonición fuera un razonamiento lógico. Era la primera vez que la escuchaba freudiana, si es que su discurso remitía al médico vienés, en lugar de lógica. Pensar en mi infancia, en la que no

tuve según el vacío en mi memoria, me devolvió a un momento de ella. A un día del que sólo sabía lo que me habían contado.

–Ni siquiera recuerdo la muerte de mi hermana. Sólo sé, aunque me dicen que fui testigo, lo que me han contado.

Usó el pasado.

–¿Tuviste una hermana? La corregí.

–Tengo una. Tuve una. Miriam. –Lo que tenía que decirle lo sabía de memoria aunque nunca lo hubiera dicho. –Es un nombre hebreo. Los etimólogos no acaban de ponerse de acuerdo. Para algunos significa “excelsa”, para otros significa “a quien Dios ama”. –Me prometí que era la primera vez que iba a contar la historia sin llorar. –Para mí es sólo una fotografía. No recuerdo ni su día de nacimiento, ni su día de muerte. Está enterrada en el lote 45 del cementerio de mi ciudad. En la quinta fila, la más alta.

No quería seguir. La psicóloga seguía callada.

–Yo tenía, me dicen, seis años. Mis abuelos vivían en la casa que daba, al otro lado de la calle, frente a la mía. Se podía ver, si las persianas estaban corridas, una sala desde la otra. Mis padres no había vuelto a casa y yo tenía hambre. Ya me dejaban cruzar la calle solo. Y mis abuelos tenían llave de la casa. Bastaba con cruzar y que ellos me devolvieran.

Pidió dos cervezas más con un gesto. Sin ni una palabra. Continué.

–Era invierno. –Expliqué. –Y los inviernos de mi ciudad son bastante más duros que estos. Dejé a la niña, ella tenía tres años, en su silla mientras yo cruzaba con toda la imprudencia del infante al otro lado. La merienda que preparaba mi abuela en los días fríos era pan con vino, una receta de nuestra región.

Pareció, por su gesto, que iba a hacer algún comentario que relacionara aquella merienda infantil con mi dipsomanía. Siguió escuchando en silencio. Expliqué la receta.

–En un plato hondo con vino se deja remojar un pedazo de pan y cuando ya está húmedo y esponjoso se le echa azúcar por

encima. –Retrasaba el momento de contarle mientras pensaba si realmente quería contárselo. –Delicioso. Y, a pesar del vino, para todas las edades.

Busqué la imagen en mi cabeza, la que debía explicarle a continuación. Sólo encontraba palabras, las mismas con las que me lo habían contado.

–Miriam es una fotografía de cuerpo entero, con una aureola blanca y redonda por todo el borde. Tiene un rostro hermoso. Fue mi hermana. Sólo me acuerdo de ella cuando cumplo años y siempre calculo cuántos hubiera cumplido ella. Siempre pienso qué tan bien me hubiera llevado con ella. –Cerré el tema. –Nada más.

Seguí hablando como respuesta a su movimiento de manos que me pedía que lo hiciera.

En algún momento debía asomarme a la ventana. “Mi casa es hermosa”, dicen que dije en un comentario al que nadie le hizo caso. Tenía un brillo especial. Tardaron como unos cinco minutos en darse cuenta de que el brillo era real. Yo seguí merendando, atontado por el vino, mientras mi tío intentaba llegar a al otro lado de la calle. Estaba ardiendo. La casa estaba ardiendo. Con ella dentro. Yo no sabía nada. Para mí era sólo una ventana más amarilla que de costumbre. A pesar de los intentos de tirar la puerta de entrada abajo, no pudieron hacer nada hasta que llegaron los bomberos.

Esperé alguna palabra pero sólo me devolvió el gesto conminándome a que siguiera.

–Nunca le he preguntado a mis padres, aunque supongo que sí, si la vieron. –Continué. Soné, no sé el porqué, desafiante. –Esa es mi infancia. ¿Eso querías saber? Mi única memoria, aunque indirecta, es de una muerte. ¿Explica eso algo? –No había llorado contándolo. Quise sonar inteligente. –Creo que, en el fondo, todos los artistas –ni me excluí ni me incluí –tratan de hacer eso, luchar contra la muerte. Contra la suya y contra las

que tienen en la memoria. Por eso lo que más nos cuesta regalar es lo de alguien que ha muerto.

Recordé el collar de cubos que estaba en mi mesita de noche pero no le dije nada. La psicóloga tampoco dijo nada. Volví al tema de mi falta de memoria.

—El primer cumpleaños que recuerdo es el de mis diecinueve años. De antes, ninguno. Eran mis primeros amigos universitarios. Mi primera novia de la universidad. —Parecía que iba a preguntarme por ella. Sin darle tiempo, añadí.— A los dos meses se suicidaría.

¿Todavía crees que soy un niño? —Debí levantar la voz porque los ocupantes de las mesas de al lado se volvieron a mirarnos. La bajé de nuevo. —Lo único que quiero es vivir, alejar las muertes.

La psicóloga no recordaba, tampoco tenía porque hacerlo, que aquel día era mi cumpleaños.

—Tengo que irme.

Me dejó ir.

Había quedado con la fotografía en un bar nuevo para ambos. Llegó, despeinada como siempre, antes que yo. En el camino había intentado borrar todo lo que había contado. Desecharlo. Disfrutar del día, de estar vivo. Cuando llegué al bar del hotel donde nos habíamos citado, ella tenía enfrente una cerveza y una bolsa de papel estraza. La fotografía sí sabía que era mi cumpleaños. Casi no me había sentado cuando me la acercó.

—Felicidades.

Era un libro que sabía que quería leer. No lo había comprado. Me estaba regalando su edición. *Things we miss*, una apología de todo lo que se pierde en forma de diccionario. La besé.

—Lo otro te va a gustar más. —Era una playera de Dolores Haze. Me explicó. —Es la primera frase de una novela de un mexicano. García Ponce. — La desplegué y leí. “Quiero que me

cojan todo el día y toda la noche”. ¿Realmente esperaba que me pusiera eso? Volvió a asombrarme su telepatía. — Ve al baño. Póntela. Quiero ver la cara de la gente en la calle cuando vayamos pasando y lo lean.

Le obedecí. Cuando regresé ya había pedido una cerveza para mí.

—Tengo que volver a mi casa a las dos. —Era entre semana. No le pregunté qué excusa había usado. —Le dije a mis padres, a mi madre, que saldría con unas amigas a celebrar el cumpleaños de una de ellas y que iríamos a tomar algo. Dos y media como muy tarde. En cuanto te la acabes nos vamos. Ya está pagada la cuenta.

Tampoco me molesté en preguntarle a dónde quería ir. Teníamos toda la tarde y parte de la noche. Se dejó hacer y me dejó hacer. La lentitud del amor hacía sin embargo que el tiempo transcurriera más deprisa. Debía ser como la una de la mañana cuando sonó mi teléfono. Al ver la inicial en la pantalla pensé que sólo quería, aunque hacía una semana que no me hablaba, felicitarme, reivindicar su derecho a no olvidar. Me levanté para ir a la sala. No me dejó ni siquiera contestar.

—¿Pensabas que me había olvidado? Estoy saliendo para allá. Sonaba borracha.

—¿Para allá es para dónde?

—Hacia tu casa. Llego como en quince minutos.

No recuerdo si colgué antes de decirle que estaba loca. Regresé al cuarto. La fotografía seguía en ropa interior en la cama individual que no era ningún problema para nuestras complejiones y pesos. Le expliqué antes de que me preguntara.

—Era una amiga. Depresiva. Siempre que le da el bajón me marca. Viene para aquí. Llego como en quince minutos.

Donde esperaba un reproche apareció su sonrisa. Y su cálculo.

–Perfecto. Ya casi es hora. Si lleno pronto a casa mi madre se alegrará. Y me creerá y me dejará salir hasta más tarde otro día.

La besó. Comenzamos a vestirnos y cuando la acompañé al carro que había dejado en la calle sin salida frente a mi casa llegó el otro coche. Uno era blanco, el otro negro.

–¿Me esperas? Déjame ver cómo está mi amiga y regreso a despedirme. Me besó en la boca.

Ella había estacionado a dos coches del de la fotógrafa. Cuando abrí la puerta me sorprendió ver los dos asientos reclinados. Me besó en la boca, me mordió los labios por primera vez mientras con una voz más pastosa de lo habitual decía “felicidades”.

–Estás borracha.

–Eso no importa. Es tu cumpleaños. No podía faltar. Le pedí dos minutos.

–Espera.

Aun en la ebriedad comprendió mi intención.

–Manda a la niña a casa y regresa.

Cuando regresé sonó por todo el coche el teléfono. Lo tenía en manos libres y conectadas al sonido del coche. Era un número que no tenía registrado. Contestó al cuarto timbre. Su “¿bueno?” sonó entre indolente y somnoliento.

–¿Llegaste bien? –Era una voz masculina.

Se quedó pensando. Intentando asignar un nombre a la voz. No lo encontró.

–¿Quién eres?

–Alberto. Estaba sentado junto a ti en el bar. Me preocupaste. Saliste bamboleándote.

–Gracias. –Me sonrió mientras se ponía un dedo sobre los labios. –Ya estoy en casa. Llegué bien. Gracias por preocuparte.

Colgó sin darle tiempo a que dijera una sola palabra más.

–No quiero mentirle. Le dije que ya estaba en casa y a casa me voy.

–Lo conociste hoy. ¿Qué más te da mentirle o no?

No contestó y prendió el coche. Como la calle no tenía salida tuvo que darle en reversa. Los ruidos, aun sin saber nada de automóviles, indicaban que iba golpeando a los estacionados. Le pedí que parara.

–Me voy, me tengo que ir.

Le grité.

–¿Podrías hacerme caso? ¿Podrías hacerle caso a alguien en tu vida aunque solo sea por una vez? Páralo.

Repitió tres veces la misma frase.

–Me tengo que ir. Me tengo que ir. Me tengo que ir. Volví a gritarle.

–Estaciónalo. Ya.

Obedeció. La abracé hasta la puerta de mi departamento más para evitar que se cayera que por cariño. Se tiró sobre la cama vestida y cayó dormida en el mismo instante. Registré su bolso y me puse a leer el libro que llevaba hasta caer dormido en el sofá. A la mañana siguiente me despertó cuando se iba a su trabajo.

Una semana después, ya repuesta, ella leería en público por primera vez. Los dos estábamos expectantes, cada uno a su manera.



## XXV

“Hagamos un musical de rock indie donde contemos nuestras vidas en ciento veinte minutos. Yo pongo la casa de la abuela en los años ochenta. Un huracán que nos impida salir de casa durante una semana”.

## XXVI “Pastillita blanca, pastillita azul, dime cuánto efecto tienes tú” (G. R. R.)

Estuvimos toda la semana intercambiando mensajes. Sobre los poemas que iba a leer y el orden en que los iba leer, sobre lo que se pondría y sobre a quién invitaría. Hablábamos con más frecuencia de lo habitual. Y entre sugerencias y llamadas a la calma aparecía siempre el director de cine. A veces para bien; otras, la mayoría, para mal. La fotógrafa se acostumbró a desapariciones de casi diez minutos mientras escuchaba. Poco a poco las llamadas, en un acuerdo no escrito, llegaban sólo a primera hora de la mañana cuando, aún dormido o somnoliento. Tenía al menos la intimidad suficiente. De vez en cuando eran buenas noticias.

–Acaban de llamarme. Estoy feliz.

Se le había olvidado explicar el motivo. Podía ser desde un aumento de sueldo a una buena noticia. Quizá era una proposición formal de matrimonio o un premio.

–Felicidades. Felicidades. Felicidades. –Seguía contagiado de su manía de las triadas. Pregunté. –¿Por qué nos estamos alegrando?

–Ya te lo dije. Acaban de llamarme.

De nuevo. Debía suponer que todos teníamos sus dotes de telépata.

–Te escuché. No hace falta que me grites. –Volví a formular la pregunta de un modo más explícito. –¿Quién te llamó y para qué?

Citó el nombre de una artista plástica de la ciudad y se explicó.

–No sé cómo consiguió mi teléfono. Va a organizar una exposición y quiere que sus esculturas, sus pequeñas piezas, estén acompañadas de un texto. Me pidió uno. En unos minutos me enviará las fotografías para que elija.

No le dije que a mí me había escrito unos días antes invitándome a la misma exposición. No le dije que ya había aceptado y que iría a la inauguración con la fotografía. Volví a felicitarla. Debía regresar a la aburrida junta de la que su llamada me había sacado.

–Estoy en junta. Te marco en cuanto salga.

La reunión se prolongó más de lo esperado. Esperé a llegar a casa para marcarle. No contestó. Debía estar dormida.

Estaba viendo cómo la fotografía se peinaba antes de regresar a casa cuando me marcó de vuelta. Antes de contestar la miré.

–Del trabajo. Por la hora debe ser urgente. ¿Esperas?

–No te preocupes. Tengo que irme corriendo para llegar a tiempo. Contesta. Sé llegar sola al coche.

La besé con la ternura que sólo puede sentir quien tiene el corazón dividido entre dos fuerzas igualmente poderosas.

Ella como de costumbre se lanzó a hablar.

–Es como una jaula con un nido y corazones.

Supuse que era una adivinanza. Hice como que pensaba.

–¿Qué es como una jaula con un nido y corazones? La vida, supongo. –Seguí arriesgando conjeturas. –¿El amor? ¿Nosotros?

–Tonto. Es la pieza. No entendía nada.

–¿Qué pieza?

–La de la exposición. Voy a colgar tiras de papel. Son la familia. Es la familia. Hay un corazón por cada uno de nosotros. –Como siempre que se emocionaba comenzó a hablar más rápido. –Son mis padres y mi hermana y yo. Nadie puede hacernos daño en el nido. Y más si el nido está dentro de la jaula. Y además usaré las frases para uno de los poemas de la lectura. Te quiero.

Colgó.

No sé si, aunque hubiera tenido tiempo, me habría atrevido a decirle que yo sabía de memoria el texto que acompañaba la pieza que yo había elegido.

“El día que nos fuimos al bosque / con tu caja de trucos de magia / enseguida se hizo de noche / y tú dijiste que te quedabas. / Yo era joven y fuerte entonces / y no sabía lo que me esperaba, / pero recuerdo que prometiste / que ibas a estar por la mañana”.

El día de la exposición la fotografía estaba radiante. Se había, casi por primera vez, peinado. Me había enseñado una fotografía de su graduación de la prepa para demostrarme que siempre era así. No había cambiado nada excepto en la delgadez. También, excepcionalmente, se había puesto un vestido, un vestido caro que era la segunda vez que lo usaba. “La primera fue para una boda a la que tuve que acudir por obligación y de la que acabé fugándome para ir a un concierto de la banda de mi hermano”, me había explicado cuando me preguntó que si quería que usara vestido. Ella también se veía radiante.

No recuerdo si nos saludamos o no, pero sí que mi invitada y yo teníamos ganas de que aquel *vermissage* acabara cuanto antes. Estábamos invitados a la cena posterior en la casa que la artista tenía a las afueras de la ciudad. No fuimos. También olvidé preguntarle a ella que si había ido.

Conforme se acercaba el día de la lectura nuestras conversaciones se centraban sólo en sus poemas, en lo que iba a leer y

en lo que no. En el orden en el que leería. En a quién agradecer y a quién dedicar. Mi respuesta era casi siempre la misma.

–Tranquila. Todo saldrá bien. –Recordaba mis años en la universidad. –“All shall be well”. Juliana de Norwich, una mística inglesa del siglo xv. –Siempre que usaba aquella frase la pronunciaba con tal seguridad que cualquiera hubiera creído que era un experto en ella. –Por imitación suya la repetí. –Todo saldrá bien. Todo saldrá bien. Todo saldrá bien.

“Estoy nerviosa”, fue la frase que más escuché aquella semana previa a la lectura colectiva de los alumnos de un taller del único lugar en la ciudad en que se ofrecían institucionalmente. Conocía de vista a su maestra. A la segunda, según me había contado, iba la vencida. Su primera experiencia en aquel lugar la había alejado.

La lectura fue un jueves.

Salí demasiado pronto de la oficina y para matar el tiempo entré a una librería a cuyo dueño conocía de vista de un par de conciertos y de cuatro o cinco amigos comunes. Junto al estante de novedades de vez en cuando aparecía una mesa alargada frente a la puerta con saldos de editoriales grandes. Me entretuve viendo los títulos, dispuesto a comprar algo al azar. Un título me llamó la atención. Iba a comprarlo de todas maneras, pero le pregunté al librero.

–¿Qué tal está?

–No sé. Lo agarré el otro día, pero aún no lo he empezado. Pinta bien.

–Y si no me gusta, –intuía que no me iba a gustar, –¿qué hago?

Lo envuelves bien y siempre puedes regalárselo a alguien en su cumpleaños.

Pagué y salí a la calle con un ejemplar de *Imbéciles anónimos* en una bolsa también anónima y transparente.

Fue el primer día que rompió la racha de días seguidos en que nos veíamos la fotografía y yo. Supongo que puse como

excusa algo del trabajo. Llegué a la lectura a la hora prevista. Apenas había un par de lectores, cinco o seis personas puntuales y la organizadora. Se me acercó. La conocía de algunas obras de teatro, las mejores de la ciudad.

–Sabía que vendrías. ¿Qué tal escribe?

–No sé. Yo de eso no sé. Pero me gusta. –No me molesté en aclarar si ella o lo que escribía.

Ella llegó con el director y un cuaderno en la mano. Cuando salió hacia el baño durante la primera ronda de lectura en la que ella no estaba me lancé a seguirla. Me estaba esperando. No dijo nada. Le apreté la mano.

–Recuerda a Juliana. Todo saldrá bien. –Repetí. –“All shall be well”.

Regresamos a nuestros lugares. Ella junto al director de cine, yo a un lugar solitario en la última fila.

La organizadora se acercó.

–Pensé que salías con ella.

No contesté.

Comenzó a leer. Recuerdo perfectamente los cinco poemas que leyó y, sobre todo, la rapidez con que el nerviosismo se traducía en su voz. Hablaba de ella y todos lo sabían. Cuando terminó de leer me fijé en la pluma fuente negra que estaba frente a ella en la mesa. Cuando todos terminaron sus lecturas apenas probé un sorbo del vino que ofrecía la institución cultural. Me acerqué a ella intentando evitar a su novio. La felicité y me despedí. Me alegraba por ella. Pensé en una canción que hablaba de estar caliente en las noches frías. Recordaba la letra pero no la melodía. En lugar de silbarla la recité como un mantra. Al llegar a casa releí una de las cartas de la novela que no había ganado el premio.

“Fanerogámica A:

Estas son mis últimas palabras. Todavía no sé muy bien porqué pero tengo que marcharme. Hemos estado demasiado

tiempo juntos y hemos aprendido, con el tiempo, a leernos, a hablar como si fuéramos el otro.

Es hora de que tú marches sola.

No saltaré, tenlo por seguro, de ninguna ventana. Me iré, lo he estado haciendo, poco a poco, despacio, desapareciendo. Cada vez más tu voz se iba apropiando de estas cartas, de esta novela. Lo imposible que parecía no llegar nunca llegó al final.

Lo sabías. Sabías que, tras la fiesta viene la resaca, tras los experimentos conjuntos, un corroerse que no podemos evitar.

Mezclaste plomo con venlafaxina. ¿Qué santos o qué demonios aparecieron en tus pesados sueños? La química no es un remedio contra el silencio pero puebla el silencio de modos que nadie más puede saber.

Malva.

Escribir toda la noche para salvar una voz ya insalvable.

Regresaré quién sabe en qué forma o en qué momento. Quién sabe si me estarás esperando, quién sabe si estarás. Si estás, yo estaré. Si ya no estás lloraré por esa cabeza bonita.

Te diría que vinieras conmigo pero tengo miedo a que digas que sí porque entonces sería yo el que no sabría qué hacer.

Me gritas acusándome del silencio. Nada puedo ofrecerte en respuesta. Tal vez, tres lunares más, en tu muñeca, en tu cuello. Tres trofeos más en esa carrera hacia la muerte que tantas veces has intentado ganar. Cada vez que los mires, cada vez que alguien los mire y los alabe, allí estaré.

Mientras tanto,

buenas noches, amor y dulces sueños”.

No lloré. Tampoco lo hice cuando leí su respuesta.

“Recreo ahora las imágenes sin borrar nada, dispuesta a atesorar todo, dispuesta a pasar otra noche en blanco pero sin más mezclas en el caldero, solo una copa de blanco alemán y olorosos cigarros de clavo, porque tal como María del Carmen Huerta yo también hui de casa buscando el otro mundo, el que nos mantenga de pie, porque después de las imágenes y de vol-

ver a mi centro, después de ver sangre en el suelo al igual que ella volví a mi cama, pensando: '¿Cuánto falta para que sea de noche?'

Y aquí estoy en la noche, atacando a mi personaje central, haciéndolo creer que tenemos juntos la respuesta, pero tal como él me dijo entre un estado nebuloso 'mañana estaré mejor' y puede que sea así, pero la mayoría de los que hemos amado algo que se rompe en medio de la confusión sabemos que el bienestar anterior es imposible".

Miré tirado en el suelo el libro que aún no había abierto.



## XXVII

No matter how many times that you told me you wanted to leave / No matter how many breaths that you took you still couldn't breathe / No matter how many nights that you'd lie wide awake to the sound of the poison rain / Where did you go, where did you go, where did you go / As the days go by the night's on fire / Tell me would you kill to save a life / Tell me would you kill to prove you're right / Crash crash / Burn let it all burn / This hurricane's chasing us all underground.

## XXVIII “Estaba acostumbrada a ganar, siempre” (April Geneieve Tucholke)

La historia con la fotógrafa terminó mal. Llegaron a amenazar-me en mi propia oficina. Alguien mucho más bajo, enfurecido, y alguien el doble de alto y el doble de ancho que yo, tranquilo, expectante, de brazos cruzados. Me quedé esperando una señal. Me callé. Todo lo que podría haber dicho no valía, por cobardía, mi integridad personal. La física. Cuando se fueron, después de hacerme repetir los compromisos unilaterales a que habíamos llegado, a los que me habían hecho llegar, me quedé temblando.

Sólo volví a verla otra vez. En los pasillos exteriores de una tienda departamental en el centro de la ciudad. Ella estaba mirando zapatos, una afición que yo no conocía. O, quizá, estaba sin más parada ahí viendo entre los pares y más pares expuestos algo que su ojo captaba. Fue el único momento en mi vida en que me di cuenta de que el cine no miente. Jamás antes habían sonado violines cuando besaba a alguien, ni comenzado a llover de repente para estropear un día que parecía que no podía ir peor. Y, sin embargo, cuando volvimos a encontrarnos,

cuando volví a mirar para asegurarme de que era ella y estaba allí parado hasta que se volteara si lo hacía, mientras el mundo seguía girando a la velocidad normal ella y yo estábamos detenidos. O, al revés, mientras el mundo se detenía, nosotros seguíamos a veinticuatro fotogramas, como el tatuaje de su brazo, hasta que seguimos nuestras vidas cotidianas. Ella frente al escaparate, yo bajando a toda prisa las escaleras.

Llegué a la oficina y escribí. “Take Care / Y me iré, lee alguien, / y seguirán los pájaros / cantando. // Cuidate, añade el hombre”. Alguien me dijo meses después que ella se había tatuado en la clavícula izquierda una sola palabra. “Void”.

Ella se enteró el mismo día del final abrupto con la fotografía. Llamó para solidarizarse.

—Lo siento.

Todavía no podía saber si lo decía en serio o había algo, quizá mucho, de ironía en su voz. Le pregunté.

—¿Lo sientes en serio o te alegras?

—Se les veía bien. —Tiempo después a mitad de una discusión la sacó a colación sin más. “Hay veces en que echo de menos a la fotógrafa. Al hombre que eras con ella”.

—Sí. Veía, en pasado. Ese es el tiempo perfecto. —Tenía ganas de decirle que ella seguía teniendo novio, el que la acompañaba a las lecturas. Pero su solidaridad conmigo no podía ser pagada con un desplante. —Ustedes se ven bien.

—Cuando peor estoy es cuando mejor me veo.

En unos días sería su cumpleaños, el último de los tres. Nunca le había preguntado a la fotógrafa, tal vez anticipando que no iba a vivirlo, cuándo lo celebraba.

Antes de la fatídica noche coincidimos en la presentación de un libro. Ella, entre el público, escribiendo frenéticamente en su agenda, inspirada por las palabras de otros. Yo, por una invitación basada más en la amistad con el autor que con lo que pudiera decir del libro, en la mesa del estrado. Entre el público estaba también la amiga que nos había presentado y su novio

dipsómano. Se fueron antes de que acabara el acto. Mi vista iba alternativamente de ella, yo pensaba que estaba escribiendo en su teléfono, a la mesa del vino de honor del que no alcanzaba a ver la marca.

Mis primeras palabras eran para ella. “Decir que toda poesía es conversación es una obviedad. Con uno mismo o con el otro, con ambos quizá, el poeta está siempre conversando. En los casos más extremos (pienso en Celán, pienso en la Dickinson) con el silencio”.

Ella, creo, también se fue antes del brindis. Aunque debió ser aquella presentación en la que conoció a quien le pediría que escribiera una columna para un periódico de otra ciudad. Debió quedarse pero no brindó conmigo. O tal vez sí pero yo no lo recuerdo.

Comenzó a entregarla y a publicarla a las pocas semanas. El título, visto en retrospectiva, estaba entre lo descriptivo y lo profético. “Duermo sola” hablaba de algo que le había pasado en la semana. Cuando alguien le comentaba semejante encabezado contestaba siempre refiriéndose a Montaigne. Como no la entendían, cambiaban de tema. Y añadía “a este paso será la viejita de la montaña”. Nadie se molestaba en pedirle explicaciones.

“Terminas un libro de 430 páginas a las 11:53 pm de un domingo cualquiera. Después de cerrar *Di su nombre* de Francisco Goldman y pedir que se encuentre un poco menos adolorido por la muerte de su esposa, la vida se siente más apacible que nunca, piensas en la beca que por fin te han otorgado, sonríes, caes en un sueño sin pesadillas, espesa oscuridad sin demonios ni arañas, la muerte no parece importante por ahora. Eres feliz, ¿verdad?”.

Llamé para felicitarla.

–Me alegro.

Fue escueta, extrañamente escueta en su respuesta.

–Gracias.

En aquel momento me percaté de la gran diferencia que hay entre los silencios de una conversación cara a cara y de los silencios por teléfono. Con la otra persona enfrente siempre queda algo, un movimiento de las manos, un mohín, una postura corporal, que leer; con la oreja pegada a un aparato no hay manera de analizar los momentos sin palabras. Me decidí a romperlo.

–Me gusta mucho el título. Aunque –hice una pausa –lo encuentro un poco trágico.

–Mi vida es trágica. La interrumpí.

–Pero tienes novio. –Habíamos tenido esa conversación, pero con la marcha de la fotógrafa ya no tenía respuesta. Hizo como que no había escuchado nada.

–Ya casi no. –Retomé el tema de lo que escribía. –Iba a llamar a la columna “Duermo con cosas”. Libros, el gato, la agenda y una pluma. Todo sobre la cama. Pero, en realidad, –abrió un paréntesis– y el gato no cuenta porque no duerme, –continuó –al fin todos morimos y dormimos solos.

Últimamente, sobre todo en las llamadas a horas intempestivas, hablaba mucho de la muerte.

Fue un día, en una llamada de esas de circunstancias, un nuevo libro, una película, algo que habíamos visto en la calle y queríamos compartir, cuando me lo dijo.

–Estoy enferma.

No pude evitar reírme. No de su enfermedad ni de ella, sino de lo absurdo de la situación. Intenté uno más del repertorio de chistes.

–¿Sabes? Era un gato que tenía dieciséis vidas. Lo atropelló un cuatro por cuatro y se murió.

Ella no pudo evitar reírse.

–Tonto.

Y volver a la seriedad.

–Muy enferma.

–Claro. Estás loca. –Seguí hablando sin esperar su respuesta. –Pero no te preocupes. Todos estamos un poco locos. Todos –intenté asombrarla con mi cultura general –estamos en el DSM V, lo dice mi loquera.

Mientras intentaba entender su silencio me di cuenta de que no era silencio sino que había colgado. Volví a llamarla.

–Eres un imbécil.

No debería pedirle perdón pero lo hice.

–No creo llegar a noviembre del año que viene. Sé que no voy a llegar a mi próximo cumpleaños y tú te pones a contar chistes malos.

Decidí creer lo que me estaba diciendo.

–Lo siento.

Continuó.

–Eres la única, una de las pocas personas que lo sabe y ni siquiera me escuchas.

No podíamos evitar sonar a mal matrimonio en nuestras conversaciones. Intenté calmarla.

–Cuéntame.

–¿Para qué? ¿Para que me sueltes otra retahíla de chistes con gatos y muertes? La que se va a morir soy yo.

Pensé en algo que me había contado un día sobre un científico, un gato y una caja. Yo tampoco sabía nada si antes no metía la pata. Pero para saber qué va a pasar después de meterla hay que hacerlo y arriesgarse. Pensé en deportes. *No pain, no gain*. Pensé en qué decirle. Me repetí.

–Cuéntame.

–Ya me quitaste las ganas. –Iba a repetirme por tercera vez. Siguió hablando. –Esta tarde. En el sitio de siempre. ¿Paso a buscarte a la puerta de tu trabajo?

–No. Yo llego. –A pesar de su puntualidad, sabía que yo llegaría antes. –Te espero ahí. –Sobre mi mesa seguía el libro que había intentado leer sin que lograra atraparme.

Cuando llegó aquella tarde me sorprendió, aunque puede que no lo hubiera hecho a propósito, con el collar que más me gustaba. El de los cubos. Ni siquiera nos besamos en la mejilla. Seguía encorajinada por mi falta de atención en la mañana.

—¿Qué estás leyendo?

No le contesté. Levanté el libro para que pudiera leer la portada.

—Eso somos. Una pandilla de imbéciles. Y anónimos. Deberíamos mandar hacernos unas playeras, aunque yo nunca uso playeras, que pongan eso. “Somos un par de imbéciles”. Y debajo, entre paréntesis, “anónimos”.

Por su cara durante el silencio que siguió deduje que quería contarme lo que no había podido en la mañana. Esperé también en silencio. Me contó todo. Parecía grave. Era grave. Ni yo ni ella sabíamos qué tan grave.

La abracé y repetí la frase que ya se había convertido en nuestro estribillo. Todo saldrá bien. All shall be well. Todo saldrá bien. Ella contestó con una sola palabra.

—Juliana.

“Cuando tenía nueve años pensaba que la felicidad total llegaba justo al cumplir los veinticinco. En mi caso, tendría un coche, una casa hermosa llena de vitrales y blancas paredes, el marido perfecto en medio de mucha luz a inicios de verano. Llegué a mis veintiséis dándome de topes contra las paredes de la casa de mis padres, el costo altísimo de un coche sacado de agencia, estudios de licenciatura bajo los cuales nunca he laborado y plantada en la realidad de que el marido perfecto no se ha materializado y yo misma no soy el prospecto de esposa perfecta”.

Del cumpleaños sólo sé lo que me han contado. Cuatro o cinco personas diferentes sin que yo preguntara me lo contaron. Ella fue la última. “Mi novio me pegó un puñetazo”. Contrasté su información con la mía. Tenía razón y no la tenía. Todo es según del color con que se mira. Y la palabra es siempre el peor cristal. Pensé en mi cumpleaños, en el suyo que no celebraría.

Pensé en abril. Pensé en octubre. Dejé de pensar. Volví a pensar. En el libro que le había regalado. Todos somos imbéciles. Todos lo somos en algún momento. Lo mejor es que siempre, en cualquier circunstancia, en cualquier tiempo, acabamos por ser anónimos.

“Para mí sólo pido que entiendan que a veces estoy lejana y dolorosa como si hubiera muerto”.

Nunca supimos qué quería decir exactamente. Yo, mientras, me preguntaba quién más sabría lo de su enfermedad.

Lenta y dolorosa. Lenta y dolorosa. Lenta y dolorosa. Tres veces. Como las asperjadas que quién sabe si esta vez nos salvarían. Que quién sabe si esta vez la salvarían. Que quién sabe si esta vez me salvarían.



## XXIX

**E**n general los huracanes mueren cuando pasan sobre agua fría.

Los ciclones tropicales sobreviven en los cálidos mares ecuatoriales, pero cuando se desplazan hacia aguas más frías pierden su potencia rápidamente.

## XXX “Vacío al mundo con un ruido blanco” (Josué Sánchez)

**L**lamó un domingo de madrugada.

–Acabo de vomitar. Cada vez me siento peor. Intenté tranquilizarla a la vez que despertarme.

–Tranquila. Tienes que estar tranquila. –Usé una palabra que podría calmarla. –Psicosomático. Todo es psicosomático.

–Discutí con mi novio.

–Eso es lo que estás somatizando. Dile a tu cabeza que de una vez por todas deje de molestar a tu cuerpo. Es sencillo.

–Ya no me quiere hablar. No contesta mis llamadas.

–Tranquila. Todo... Me interrumpió.

–Todo va a estar bien. Ya lo sé. Me tiene harta esa frase. –Iba levantando la voz cada vez más. –Todo está saliendo horrible. Me golpeó. Discutimos. Las vacunas no sirven. Cada día me levanto más cansada. Y tú no paras de repetir que todo estará bien. –Pensaba que era imposible que levantara más la voz pero lo hizo. –Nada está bien. Nada.

No tenía nada más con que enfrentar con su rabia que la voz más calmada que pude poner.

–Tranquila. Cuéntamelo todo.

Había colgado. Mi teléfono volvió a sonar apenas unos segundos después.

–Perdón, –dijo. –Se cortó.

–Creí que te habías enojado.

Me dio la razón.

–Estoy enojada. Muy. Te llamé para contarte mis problemas. Todo es un desastre. Nada está saliendo bien. Y, además, mi familia está también enojada conmigo.

A veces el silencio es la mejor manera de preguntar. Me callé esperando a que siguiera contando.

–No les dije nada de mi enfermedad. Se enteraron al ver mis medicamentos.

Aunque siempre hay que dar la razón a quien está enojado para evitar que el conflicto alcance mayores proporciones, le llevé la contraria.

–Con razón. Yo también me hubiera enojado. Cambió de tema.

–Y mi novio no quiere hablarme. De hecho me ha bloqueado. Hacía tiempo que no bebíamos juntos y yo tenía la tarde libre.

–¿Por qué no me lo cuentas todo esta tarde?

–Perfecto. Paso a recogerte a las cinco. –Aunque fuera festivo cuando ella pasaba en coche a buscarme siempre lo hacía en el mismo sitio. –En la puerta de tu trabajo. Yo todavía estoy aquí. –Se refería al pueblo. –Hasta la tarde. Te gustará el sitio.

La conversación me había despertado. Me levanté y, ante lo vacío del refrigerador, decidí desayunar fuera. Ya en el restaurante, ocupado por familias felices, idénticas entre ellas, y solitarios, cada uno a su manera, leí el último artículo de Ornelas, su nuevo descubrimiento. Pensaba en lo bueno que pudiera tener para contarle en la tarde, algo que la animara. Compré un libro e intenté leerlo tumbado en la cama cuando regresé. Caí dormido hasta diez minutos antes de la cita.

Abrí la computadora sólo para saber si había mandado algún mensaje. Los domingos la gente interactúa menos. No sólo en las redes sociales sino en general. Los domingos son de *dolce far niente*. Apenas un par de noticias medio interesan-

tes sobre fútbol y un recuerdo de una amiga. "No lo sabes pero en tu compañía he pasado una de las semanas más atroces de mi vida, gracias por el caos". Pensé en nosotros mientras cerraba la computadora y me acicalaba.

Llegué justo a tiempo. Su carro, el que alguien rayaría unos meses después sin que llegásemos a saber quién fue, estaba dando la vuelta la calle.

—¿Mejor?

Siempre contestaba lo mismo.

—¿Cómo me veo?

—Bien, muy bien.

Sabía la respuesta que venía a continuación.

—Cuanto peor estoy mejor me veo.

Apenas avanzamos un par de calles. Se estacionó enfrente de una de las tantas oficinas del obispado que ocupaban casas en el centro de la ciudad y nos encontramos en una calle solitaria salvo por la música, estridente y mala, que salía de alguna habitación adolescente. Yo pregunté primero.

—¿Dónde vamos? —Me repetí. —¿Mejor? Contestó las preguntas al revés.

—Ahora te cuento. A un sitio nuevo. Te gustará.

El lugar, según me explicó, estaba recién abierto. Se había enterado de su existencia pero nunca había ido. Llegamos frente a una puerta blanca cerrada con candado. Todo indicaba que estaba cerrado. Sin preocuparse lo más mínimo sacó una tarjeta de su cartera y marcó un número de teléfono.

—Ya estamos aquí. —No escuché lo que decía la otra voz. —Esperamos. Debí ver la cara de sorpresa en mi rostro porque no me dio tiempo a preguntar.

—Te dije que no había venido nunca. —Seguí con cara de incredulidad. —La tarjeta, del encargado, me la dio una amiga a la que le gusta mucho el vino. Si no han abierto basta con marcar y llegan. Te gustará. Lo sé.

Mientras esperábamos ella esquivó todos mis intentos de preguntarle cómo iban las cosas. No quiso hablar ni de familia, ni de trabajo, ni de amor. Le conté el artículo del cazaovnis sin lograr entusiasmarla. Cuando llegó la persona que abriría el lugar pasamos a una casa de pasillo largo y con dos o tres cuartos más. Todos decorados con sobriedad y buen gusto. Pasamos hasta el del fondo. Un par de cuadros con un enorme depósito de agua estallando y una *chaise longue* junto a mesas fabricadas con cajas de redilas. Ella había acertado. Elegimos la botella por la etiqueta, negra con la fórmula química del alcohol.

Ella preguntó antes de que yo pudiera decirle nada.

—¿Le has dicho a alguien que dormimos juntos?

—¿Cambiaría algo si lo hubiera hecho?

Reformuló la pregunta convirtiéndola en afirmación mientras se servía más vino.

—Seguro le contaste a todos tus amigos. Volví a negar contestando con otro tema.

—Hace años Luis Miguel Dominguín —“el padre de Miguel Bosé”, aclaré, —se encontró con Ava Gardner, que estaba rodando en España una película, en el bar del hotel Ritz. Él quedó cautivado por la belleza de ella y ella por la profesión de él. Algún conocido en común los presentó esa misma tarde allí mismo. Subieron a la habitación de Ava donde casi sin preámbulos se metieron a la cama. Después de hacer el amor —“nadie dice cuántas veces o cómo”, le expliqué —Luis Miguel comenzó a vestirse lo más rápido posible. Ella, acostumbrada a que los hombres estuvieran siempre a su servicio —“o al menos a sus pies” dije sin saber por qué —protestó por la apresurada marcha del torero. La leyenda cuenta que él simplemente se volvió a mirarla mientras le decía con su acento más andaluz “un verdadero hombre no se acuesta con Ava Gardner hasta que no se lo cuenta a sus amigos”.

Cambié de tema aunque odiaba preguntarle por sus novios.

—¿Qué pasó ahora con el director?

Lo solté de carrerilla, sin detenerse ni a pensar ni a respirar.

–No me habla. Se niega a hablarme. Me cuelga cuando quiero hablar con él. El otro día hasta me amenazó con bloquearme en todo. Estoy harta. ¿Quién se ha creído que es? No lo necesito para nada. –Se paró y con una voz absolutamente calmada continuó ironizando sobre sí misma. –Lo que más me duele es que ya me veía en los créditos de su segundo largometraje como guionista o como productora. En fin. Salud.

Terminamos la botella mientras hablábamos de los planes a futuro que se le abrían ahora que ya no tuviera novio. Yo en el fondo sabía que era otra de sus peleas pasajeras. Volverían.

–Volverán, ya verás.

Seguimos hablando mientras bebíamos dos botellas más. Aquel día aprendimos cómo se limpia una copa cuando se cambia de vino. Aprendimos que los planes no son para siempre. Le enseñé el libro que había comprado en la mañana. Una antología de poesía española titulada *La cuarta persona del plural*.

–Eso somos, –dijo –la cuarta persona del plural.

–Déjame leerte la mente. –Me puse serio y puse uno de mis pulgares sobre su frente como si de verdad estuviera haciéndolo. –Un nosotros sin nosotros. ¿Acerté?

Me besó.

–Tonto. Tienes razón. Un nosotros sin nosotros. Era ahora o nunca me atrevería a decírselo.

–Deberíamos dejar de vernos. De hablarnos. De relacionarnos.

Se marchó sin una sola palabra. El teléfono mandaba siempre a buzón mientras la llamaba esperando la cuenta. No era tan caro como parecía el lugar.

A la mañana siguiente el primer mensaje que tenía en la ventana de la computadora no era suyo. Era una invitación para participar en una sesión de performance, de poesía performática, no por la calidad de lo que escribía sino porque necesitaban un representante local. Alguien había sugerido mi nombre a los

organizadores que dada la premura de tiempo se conformarían con cualquier cosa. Fui a ver a la encargada del evento sin saber todavía qué decirle.

–Claro que acepto. ¿Qué tienes en mente?

–Algo diferente. Leer pero con algo. Con imágenes –pensé en un amigo pintor– con danza–pensé en una bailarina de contemporáneo pero deseché la idea por una bronca relativamente cercana–, con música.

La interrumpí.

–Lo tengo. Creo que lo tengo.

–Explicame. ¿No creerás que voy a aceptar algo sin saber, al menos, de qué va?

–Unos poemas. No creo que sean muy buenos, pero con ruido detrás, un teclado y una guitarra haciendo mucho ruido, no creo que se note. Y suena diferente, ¿no?

Respondió como buena burócrata.

–Mándame la propuesta bien explicada por correo y veremos que se puede hacer. –Explicó algo sobre el visto bueno final de su jefa y añadió. –A mí me late la idea.

Llegando a la oficina escribí, adornando, lo mismo que le había dicho y se la mandé al correo. La aceptaron en dos días. Me daban una fecha y una hora para presentarme en las Jornadas de Poesía.

Los músicos, integrantes de la banda del multifacético director, llegaron tarde al primer ensayo. La tarde se fue en llevar y traer instrumentos, en colocar cables y más cables. Al fin, platicamos de cómo esperábamos sonar.

–Ruido blanco. Quiero ruido blanco. Pero creo que es mejor que antes escuchen los poemas.

Comencé a leer.

“Desaparecerás cuando termine este poema”. La guitarrista me interrumpió.

–La fotografía no merece esos poemas. Ella no te hizo nada malo como para que la odies así.

Le respondí de malos modos.

–No son para la fotógrafa.

No tenía muchas ganas de explicarme.

–¿Para quién son entonces?

Estaba a punto de contestarle con alguna generalidad del tipo "los poemas tienen un destinatario universal" o algo así pero descubrí la mirada que estaba cruzando con el guitarrista-tecladista-encargado-de-la-caja-de-ritmos, su novio. Él sabía y con un solo gesto de la cara le transmitió la información.

–Ah. Para ella. Seguí leyendo.

"Desaparecerás cuando termine este poema.

Desaparecerás porque sí. Desaparecerás, sí, porque así está escrito. Desaparecerás también para ser esta línea incompleta. Desaparecerás.

Desaparecerás para quién sabe quién. Desaparecerás en la noche del aniversario exacto.

Desaparecerás como otras veces pero esta vez ha de ser para siempre. Desaparecerás quizá hacia el pasado mediocre o hacia un futuro aún por descubrir y corto. Desaparecerás como

el sonido y los aplausos al final de un concierto.

Desaparecerás, espejo, en cualquier otro espejismo.

Desaparecerás en un abrazo tan final como dulce y desaparecerás en la tempestad de un mar lejano.

Desaparecerás, en fin, porque si repite quince veces una palabra acabará por cumplirse siempre.

Desaparecerás porque todo termina en un punto y final".

Nadie se molestó en decirme que ella también leería en las Jornadas.



## XXXI

Los huracanes también requieren que el viento no sea muy fuerte en los niveles altos de la atmósfera. Un huracán puede morir si tropieza con vientos fuertes o algún otro sistema meteorológico en los niveles altos de la atmósfera.

## XXXII “Al igual que en las relaciones de amor, la relación con el tabaco configura un código” por el que se traduce el mundo” (Vicente Verdú)

–Enamoriscados. Eso es lo que estamos. Encontré la palabra en el diccionario. –Desde que le habían dicho que participaría en las Jornadas, toda su vida, y sus llamadas, se centraban en lo que iba a leer y el orden en que lo iba a leer y, sobre todo, la ropa que usaría ese día. Cada palabra que encontraba o que buscaba eran para su lectura. Inundaba el correo de borrador tras borrador a los que les iba quitando, precisamente, las palabras menos cotidianas. Cada día sus poemas eran más pequeños pero más grandes en su significación, cada vez más personales y de todos al mismo tiempo. –Me encanta esa palabra. Me encanta cómo suena. Enamoriscados. Deberías repetirla conmigo.

En lugar de repetirla lo que hice fue buscarla en el diccionario en la computadora. La definición no me gustó mucho. “Enamoriscarse: Prendarse de alguien levemente y sin gran empeño”.

–No me gusta la palabra. Además... –Me interrumpió.

–Sí, sí. –Le faltó un sí. Volvió a repetir la palabra. –No hizo falta mucho para que nos enamoráramos. –Lo decía alguien a quien apenas unos días atrás le había dicho que debíamos dejar

de vernos. –Fue así. Como dice el diccionario que seguro que buscaste. Levemente. Sin querer.

La corregí.

–El diccionario no dice que sin querer. Dice sin empeño.

La conversación sobre su nueva palabra no llevaba a ningún sitio.

–Hacia unos días que no me llamabas ni escribías. ¿Cómo estás?

–¿Cómo quieres que esté si me dijiste que ya no querías verme? Que deberíamos dejar de vernos. Poniéndote las cosas fáciles. Así estoy. Es lo que querías, ¿no?

No supe si decirle la verdad o mentirle. Opté por la salida más fácil.

–Deberíamos vernos.

–¿No qué no?

Fue ella la que propuso.

–Hace mucho que no fumamos. ¿Qué haces esta tarde?

–Fumar contigo. Yo estaré en mi oficina. Si pasas por mí, podemos fumar y tomar un café. Sin alcohol.

–No te preocupes. Lo estoy dejando.

Soy una de esas personas que no dejarían de hacer un mal chiste aunque la ocasión pueda volverse más conflictiva.

–¿A tu novio?

–Sí. A él también.

Colgó sin haber confirmado si pasaría aquella tarde.

Llegó y fumamos. Traía una copia de los poemas que iba a leer en unas semanas. Hablaban de posibilidades y de futuro. Del pasado al que no hay que volverse ni para agarrar impulso. Yo era mal lector. Había algo en ellos que me gustaba y algo que me disgustaba. No podía encontrar las palabras para explicárselo. Le pregunté por su novio. Si lo que había dicho era un mal chiste para contestar al mío.

–No me quiere. Creo que nunca me quiso. –Se puso seria. –Yo lo amaba –usó el verbo en pasado –porque nos veía lo

grandes y maravillosos que seríamos los dos. Él me amaba por lo grande y maravilloso que se veía junto a mí. Sin pensar en los dos.

Me contuve en decirle que pensaba lo mismo.

—Y tú, ¿cómo estás?

—Viva. Estoy mal, pero me veo bien. Ya lo sabes. —Se levantó. —Tengo que ir a una cita. —No pregunté. Ya sabía que no tenía que preguntar porque todo lo que iba a sacarle era un genérico "un amigo" o "una amiga". —Regreso a las ocho.

Diez minutos antes de la hora me llamó.

—Se me complica pasar. Mejor te veo donde tenía previsto verte. En el cine. En la universidad. Te espero. Tienes quince minutos exactos para llegar.

No me molesté en cerrar la computadora. A pesar de la hora nada más cruzar la puerta del edificio de oficinas, apareció un taxi libre. Cruzamos la ciudad, asombrosamente, en el tiempo previsto. Mientras le pagaba sonó el teléfono de nuevo. No la dejé hablar.

—Estoy pagando. En un minuto estoy ahí.

—Aquí están los amigos del director.

Colgué enojado. Aquella fue la primera vez, aunque la había visto besarse y reír con sus novios en alguna coincidencia, en que me puse celoso. Pensé en volver a abordar el taxi pero la película de la que todos se deshacían en elogios prometía. Además, pensé, más vale solo que mejor acompañado, la versión que mi padre daba del refrán popular. Volvió a sonar el teléfono. Descolgué y no pude evitar la voz de impaciencia y frustración.

—Dime.

—¿Por qué me cuelgas?

Levanté, tal vez a propósito, el tono. Aquella era la primera vez en que la trataba mal siendo consciente de ello.

—¿Qué por qué te cuelgo el teléfono? Cruzo toda la ciudad en quince minutos en hora pico para estar junto a ti viendo una película y me sales con lo de que están los amigos de tu novio.

O de tu ex novio. O de tu futuro ex novio o lo que sea. Me dices que están ahí.

Ella también levantó la voz.

—Llamaba para decirte que aquí están y que no me importaba que nos vieran. Pero tú, tú y tu soberbia, colgaste. Muérete. La veré sola.

Fuimos al cine, al mismo cine. Cada uno por su lado. Cuando entré me concentré, para evitar incluso que nuestras miradas se encontraran, en una sola butaca, en la butaca en la que habría de sentarme. La película que ambos queríamos ver trataba sobre una vampira iraní que se desliza en patineta por las calles de un ciudad irreal. Nos gustó, lo supimos después, a ambos. Había una canción en especial que sonaba en la cinta que me hubiera gustado escuchar agarrándole la mano. Pero teníamos que dejar de vernos. El malentendido de aquel día al menos podría servir como excusa para distanciarnos. Esperé a que todo el mundo hubiera salido de la sala que, repleta de cinéfilos, tardó en vaciarse. Fui el último como si realmente me interesaran mucho los créditos en farsi e inglés de lo que acaba, lo pensé así, en singular, de ver. A la salida, en la universidad vacía, me demoré fumando en los lugares en que había de quedar algo de nuestra memoria: una banca que desaparecería al año siguiente, una de las avenidas peatonales más anchas, un jardín musical en el que en la noche no sonaba nada. Salía a la calle por una de las puertas más alejadas del cine. Decidí volver andando a casa. Andando y solo.

Ni siquiera había dejado atrás el enorme campus cuando detuvo el coche a mi lado. Bajó la ventanilla.

—Sube.

Hablamos de la película y de su próximo disfraz de Halloween. Fumamos como hacía tiempo que no lo hacíamos. Uno tras otro. Parecía que no hubiera pasado nada cuando me dejó en la puerta de su casa, que estaba más cerca de la mía que la sala de cine, para que fuera hasta la mía. Nos despedimos con

un beso en la comisura de los labios que podía ser un accidente o una reconciliación.

–¿Cómo estás?

–Lo odio.

–Cuéntame.

–Mañana. Estoy cansada. Hoy también estuve todo el día vomitando. No debería fumar. No debería beber. No debería tener novio.

Me di cuenta de que no iba a contarme nada.

–Mañana me cuentas. Di media vuelta.

–A ti también te odio. –Gritó antes de que yo pudiera voltearme para ver cómo cerraba la puerta de su casa.

Salí corriendo, corriendo como para no regresar nunca más o para alejarme lo suficiente como para no sentir tentaciones de volver y tirar la puerta abajo o de prenderle fuego a la casa. Corriendo como nunca había hecho. Seguí corriendo y en lugar de acordarme de Murakami, recordé un tweet. "Hago tan poco deporte que si algún día me ven correr, corran también ustedes porque algo grave pasa". Qué pasaba y qué tan grave era debían esperar hasta el día siguiente.

Al día siguiente nada más llegar a la oficina me encontré con la letra de una canción en la ventana que apareció nada más prender la computadora.

"Te odio... por la nota que dejaste al despertar... huyendo.  
/ Te odio... por los días que has estado sin estar... dentro de mí.  
/ Te odio... por dejarme a medias antes de llegar... al éxtasis.  
/ Te odio... por tu boca que carece de verdad... y sigue así. Te odio... como nadie en este mundo te odiará. Te odio... como no se puede odiar a nadie más. Te odio... te odio... Te odio, te odio, te odio".

"Yo te quiero". Contesté para no volver a encontrar respuesta en toda la mañana. Perdí toda la mañana en esquivar los pocos pendientes del trabajo y escribir un poema para el es-

pectáculo para el que apenas quedaban un par de semanas. Un poema tan lleno de odio como la canción que ella había copiado.

Sólo me distrajo una petición absurda en aquel momento. Habíamos, como juego, enviado los poemas escritos a cuatro manos a una editorial *on-line* donde, según contaba aquel mensaje la había aceptado. Me pedían una introducción. La escribí intentando no pensar en nosotros sino en otros dos que hubieran escrito aquello que estaría disponible, según el mismo mensaje, pronto.

“Amor 2.0.

Escribo estas líneas a final de mes. Hace apenas mes y medio el organizador de un festival en torno al Día Mundial de la Poesía nos invitó a la mesa principal, entre otros poetas. Habíamos colaborado en varios proyectos juntos antes. Cuando nos invitaron estábamos coeditando una revista. La noticia nos llegó, precisamente, en una de las sesiones del consejo editorial. Parecía lógico que ya que estábamos trabajando juntos, que siguiéramos haciéndolo.

Alguien, no recuerdo si ella o yo, insinuó que podíamos hacer una lectura conjunta de un poema escrito a cuatro manos. El título fue lo primero que tuvimos. Amor 2.0. Quizá como una *boutade*, quizá como una ocurrencia.

De camino a casa pensaba en los poemas escritos a cuatro manos que conocía. Mi ignorancia sólo logró dar con dos, los dos experimentos de Paz: “Renga”, escrito en realidad a ocho manos, y la genial colección de sonetos *Hijos del aire* (*Air born*), este sí a cuatro manos, de Paz y Tomlinson. Intentaríamos repetir la aventura. La experiencia, al menos, valdría, podría valer, la pena. Unos días después le mandé una frase, algo que podría ser un verso, ella respondió con otros dos. Así nació, vía *inbox*, el primer poema. Los tres siguientes fueron adjuntos en correos electrónicos. El poema se terminó de escribir en una mesa a modo de respuestas al anterior.

Si esto ha valido la pena no somos nosotros para juzgarlo”.

Seguí ensayando. El multi-instrumentista propuso que uno de los poemas, el repleto de odio, tuviera como fondo musical una canción de la Velvet Underground. Le dije que sí sin saber quiénes eran o qué canción era. Sonaba bien. Le pedí que volviera a tocarla mientras yo intentaba acompañar mis líneas a su guitarra y teclado. Cuando acabó de tocar su arreglo me dijo el título. “I’ll be your mirror”.

Espejos de odio, espejos enamoriscados.

Eso éramos.



## XXXIII

Cuando un huracán pasa de mar a tierra firme, se debilita rápidamente, porque pierde su fuente de energía: el aire marino, cálido y húmedo.

A veces, sin embargo, los huracanes en tierra firme pueden intensificarse brevemente. Esto sucede si el suelo es pantanoso y muy caliente, debido a que el aire húmedo y cálido de estos lugares alimenta el huracán.

Algunos científicos piensan que esto fue lo que sucedió cuando el huracán Andrew pasó por los pantanos de la Florida.

## XXXIV “Vous Êtes Tous de Poètes et Moi je Suis de Côté de la Mort” (Jacques Vaché)

Necesitaba tiempo para mí. Me dirigí, como siempre que necesitaba estar solo, a uno de los bares más concurridos de la ciudad.

Estar rodeado es, a veces, la mejor manera de estar solo. Llegué pronto. A un lado de la salida de la barra, justo enfrente del gabinete donde nos habíamos conocido hacia casi un año, hay una mesa redonda, diminuta, donde apenas caben un par de tarros y un cenicero y dos sillas. Es el lugar más iluminado de todo el sitio, imposible de ver desde la barra por las columnas. Tal vez su único defecto es que es el paso al baño, pero la soledad tolera las interrupciones siempre que tras los saludos no llegue una conversación pendiente o apenas iniciada. Desde ahí basta un gesto para indicar a los meseros el resultado del partido de fútbol de la semana anterior, la calidad, o falta de ella, de lo que está sonando y el tamaño de la bebida.

La cerveza, que eran dos, llegó casi al instante. Siempre había una promoción hasta las nueve de la noche pero era la primera vez que me traían las dos cervezas al mismo tiempo.

—¿No me puedes traer una y después la otra?

Normalmente hablábamos de libros, era egresado de letras en otra facultad mejor que la de nuestra ciudad, y de discos, era músico en un grupo ruidista; sin embargo aquel día propuso otro tema de conservación.

—¿No quedaste hoy con la *attention whore*? —A pesar de mi gesto, continuó. —Tú también eres un *attention whore*. —Yo me preguntaba en qué momento una amistad basada en la coincidencia en lugares y gustos se había convertido en confianza. —Me han dicho —se me olvidaba que él también coincidía en un grupo con los dos músicos —que estás preparando algo para ella, ¿no? ¿Podré leerlo?

Me había pillado desprevenido. Saqué unas hojas dobladas del libro que llevaba, una cosa aburrida sobre la eficiencia en el trabajo y se las pasé. Regresó a la barra porque el bar se iba llenando cada vez más. Regresó a los siete minutos.

—Me gusta. —Me devolvió las hojas que yo precedía devolver al libro. —Podrías, si quisieras, dedicarte a eso de escribir en serio. —No era eso lo que venía a decir. Disparó.

—¿Tanto la odias?

No supe que contestar. Recurrí, como siempre, a un chiste malo.

—Parece que lleva un cartel en su frente. Ódiame más. —No se rió. Se me había olvidado que era el único de los habituales que no tenía el fútbol entre sus pasiones. Fui sincero. —No lo sé.

—Son tal para cual. —Se corrigió. —O, al menos, lo parecen. Serían personajes ideales para una novela. Una novela con alcohol, discusiones, música. Idas y venidas a unos pocos lugares donde siempre coinciden todos. Ya sabes, Murakami style.

–Tuya. –Intenté sonar irónico. –Te la regalo. –No me molesté en explicarle si me refería al argumento de la novela o a ella.

Él tampoco explico qué rechazaba.

–No gracias. Todas tuyas.

No sabía cómo terminar aquella conversación así que pasé a convertirlo a él en el centro de nuestro intercambio.

–¿Qué tal vas con tu ensayo?

Llevaba un año escribiendo un libro que mezclaba música moderna y literatura. Un estudio sobre el azul y una vieja canción de New Order. Una relación entre Paul Verlaine y el guitarrista de Television. Un análisis del verso libre y la música noise.

–Ya casi. Ya casi.

No le gustaba hablar del tema. Ella no tardó en llegar.

–Sabía que estarías aquí.

–En mi mesa de estar solo. ¿Te sientas?

–Eres un imbécil. –Sonaba enojada. –Es tu mesa de estar solo y me invitas a sentarme. ¿No crees que es estúpido?

–Lo soy. Sé que soy un estúpido, pero eso no es una respuesta. –Como ya se había convertido en habitual, me repetí. Le repetí. Comenzaba a pensar que nos estábamos convirtiendo en ese tipo de personas a las que las frases la primera vez las devuelven a la conversación y que sólo la segunda adquieren sentido. –¿Te sientas?

Rechazó lo que le ofrecían señalando la botella de agua. “Rehab, gracias”. Comenzó a decir lo que había venido a decir mientras se sentaba. Comenzó con una ironía.

–¿Qué tal va tu nuevo proyecto? –Se me había olvidado lo diminuto de la ciudad, una ciudad dentro de otra. Una aún más provinciana e infernal.

–Sé la respuesta, pero aun así tengo que hacer la pregunta. ¿Cómo lo sabes?

–Mi novio, –se corrigió –mi ex novio se enteró de lo de las fotos. Tú te enteraste de lo de mi cumpleaños. ¿Crees que no iba a saber que estás ensayando algo que tiene que ver con nosotros? –Antes de que yo mentalmente pudiera acusar a cualquiera de los dos músicos me dio la pista. –Además, estás en el programa. Gracias por no llamarlo 2.0. –Se levantó. –Te llamo al rato. Para que sigas solo.

Volví a sacar las hojas del libro e intenté contestarme si la odiaba o no. Si realmente quería que desapareciera. Me sorprendió que me gustara lo que había escrito. Me leí. “Estamos muertos, dije / como quien dice enamorados”. Recordé, mal, el título de una vieja película española. *Nadie hablará de nosotros cuando estemos muertos*. Me concentré en la segunda cerveza.

–Hola. –Me asusté. –Acabo de verla salir. Parecía enojada.

Era, como si la historia se estuviera cerrando, la amiga que nos había presentado aquella primera vez y, por primera vez con alguien, resumí lo que pensaba.

–La quiero pero no la quiero.

–Y yo estoy harta de los dos. Es lo mismo que acaba de decirme. Ni siquiera estoy enojada con ustedes. Me aburren. De muerte.

Como si lo hubiera invocado para evitar el regaño, llegó su novio. Hablamos de fútbol y de Ornelas, él me lo había descubierto, mientras se terminaba mi cerveza esperando a que llegara la suya. Me despedí.

–No te enojés conmigo. –Añadí–. Ni con ella.

–No estoy enojada. Pero ya no quiero ni que ella me hable de ti, ni escucharte hablar de ella.

Pensé que algún día debería invitarla a un bar de un viejo hotel, de esos con espejos y una licorera bien surtida. Continuó con sus advertencias.

–El día que estés desapegado de ella, hablamos. Sonó más a promesa y apuesta que a enojo.

Me despedí y salí a la noche prometiéndome buscar esa palabra en el diccionario.

Esperé su llamada mientras leía algo sobre programas FODA y eficientización. No marcó. Al día siguiente en la tarde, por problemas del trabajo, llegué tarde a los ensayos. Además, antes había pasado a recoger las playeras que había encargado. Estaríamos uniformados. Blanco y negro y una vieja serigrafía de Warhol. Los músicos ya se habían marchado. Dejé la bolsa de plástico sobre el sofá repleto e intenté comunicarme con ellos. A la tercera respondió la guitarrista.

–Llegaste tarde. –Me disculpé. –Mañana nosotros tenemos ensayo con el otro grupo. Nos vemos el viernes.

Me asusté.

–Sólo nos queda una semana.

–El viernes lo dejamos todo listo. No salimos hasta que esté todo terminado. Le creí.

–Va. El viernes. Mismo lugar. Misma hora. Colgué. Los dos éramos de pocas palabras. Sonó el teléfono. Contesté al primer timbre.

–Me tenías preocupado. Ayer dijiste que llamabas al rato.

Su voz en la respuesta sonaba más aguda que de costumbre y más alta.

–¿Preocupado? Me lo dice el que tiene planeado el día que va a dejar de hablarme. Dije lo primero que se me ocurrió para calmarla.

–Es por nuestro bien.

–Y todavía te pones cínico.

–No soy cínico. Es lo mejor para los dos. Para nosotros.

Estaba tan enojada que ni siquiera se molestó en insultarme y siguió razonando.

–¿Nosotros? ¿Nosotros? Lo tenías todo planeado.

Creo que los dos pensamos en la misma frase, la de su amiga. “Si haces con ella lo que con todas, enamorarla y dejarla botada, te mato”.

–Nosotros puede ser cualquier cosa. Un par de amigos es nosotros. Los participantes de las Jornada son nosotros. Aunque no nos veamos nunca más siempre hay un nosotros.

Colgó. Sabía que llamaría pero no esperaba que tan pronto. Estaba llorando.

–Prométeme que si me muero, publicarás lo que escribo. Que terminarás mis poemas.

–No te vas a morir.

–No te llamé ayer porque después de verte tenía cita en el médico. Tengo que ponerme unas inyecciones que me dejan tumbada, mareada, atontada. Llegué a casa, vomité y caí rendida en la cama.

Recordé la vez que fingí en la universidad cáncer de estómago para darle lástima a una chica y lograr que se acostara conmigo. Me dijo que hasta no ver el diagnóstico no me iba a creer. Todo lo que costó conseguir que alguien falsificara los estudios no valió la pena. La única noche que estuvimos juntos ella estaba demasiado borracha. Regresé al presente e intenté calmarla de nuevo.

–Todo estará bien. No te vas a morir.

Colgó pero no volvió a llamar ese día. Ni lo hizo en una semana mientras yo seguía, con impuntualidades, trabajando con los músicos. Si hubiera vuelto a llamar le habría dicho que estaría en primera fila en su lectura. Escuchándola aunque fuera la última vez.

Le tocó en una mesa en un tecnológico fuera de la ciudad. Junto a una poeta abiertamente lesbiana y un poeta de closet e incipiente calva, junto a la gran promesa joven de la ciudad y una leyenda en decadencia, junto a un poeta que todavía leía directamente de su agenda. Cuando venció los nervios del primer poema leyó bien. De hecho el nerviosismo le daba un algo añadido a lo que leía.

El presentador ante la falta de preguntas de los universitarios, arriesgó el primer y último cuestionamiento a los cinco escritores.

Si no fueran poetas, ¿qué les hubiera gustado ser?

Recordé un día de inauguración, una exposición colectiva con jóvenes talentos locales, de esas que sólo atraen a los amigos y conocidos de los artistas y a ese tipo de noctámbulos que comienzan los jueves y los viernes bebiendo gratis en algún evento cultural. Alguien, creo que el director de algún museo de la ciudad, le hizo entonces una pregunta semejante. Recé para que contestara lo mismo en público. Lo hizo.

–Si no fuera poeta, sería prostituta.

Una vez intenté dejar de fumar. Volví a recaer. Lo que más me preocupó entonces no fue la vuelta al vicio sino la constatación de mi falta de voluntad. Nunca más volví a intentarlo. La única lección que saqué de aquella semana sin nicotina es que uno debe ser consciente de sus limitaciones y aprender a convivir con ellas. Aun involuntariamente.

Quedaba un semana para cumplir mi promesa. O para incumplirla.



## XXXV

Un catedrático de física da una conferencia. “Curiosidades del Mundo de la Ciencia y de la Técnica” según el programa de mano que añade que serán explicadas de forma comprensible para los profanos.

Para producir sonido con una flauta, explica, hace falta una corriente de aire con una velocidad de ciento veinticinco kilómetros por hora, la velocidad de un huracán.

“Pero entonces, ¿qué? ¿Qué tendría que haber hecho si no? ¿Hacerme flautista? Todo experimento que no pueda repetirse no es, en modo alguno, un experimento. Nadie puede experimentar con su vida. Nadie debería reprocharse el vivir a ciegas”.

## XXXVI “Death or Glory. That’s Another Story” (The Clash)

La memoria, en cualquiera de sus modalidades siempre traiciona. O, como había dicho en un epígrafe uno de los poetas en otra mesa, “la memoria, donde la toques, duele”.

A la distancia escribí que faltaba una semana para el cumplimiento o incumplimiento de la promesa que habíamos firmado unilateralmente.

Recuerdo que hablamos aquella noche.

La ciudad o, al menos, una parte de ella, al igual que el año anterior en las mismas fechas, estaba llena de poetas. De lugares en los que los poetas pasaban las noches disfrutando y brindando por el encuentro o el reencuentro. Ella, supuse, debía estar en alguna de aquellas fiestas. Probablemente en el mismo sitio que hacía un año.

Llamó, eso lo supe después, desde su casa. No contesté.

Tal vez fue el insomnio, inducido por el nerviosismo del día siguiente y un odio al que no sabía dar forma, el que hizo que apenas una noche se convirtiera en seis o siete días en el recuerdo.

Yo llamé. Ya era tarde. Ella no contestó.

Apenas la había felicitado. Eso era de lo único que me arrepentía del día que estaba acabando.

Apenas logré dormir mientras repasaba una vez y otra los textos que iba a leer en unas horas. De tanto repetirlos durante los ensayos había logrado aprendérmelos de memoria.

Los músicos, como era habitual, llegaron tarde. Ya había probado sonido un poeta del norte y un luchador reconvertido en poeta. Estaba en plena prueba de sonido un escritor trans que trabajaba con el multilingüismo y los emojis cuando llegaron. En mi nerviosismo casi la había olvidado.

Mientras desempacaban sus instrumentos y todo el cablerío la guitarrista, recién teñido el pelo de un rosa casi fosforescente, preguntó.

—¿Crees que vendrá?

Distraído por el poco tiempo que quedaba y la insistencia de la organizadora en apurarse para que los poetas de fuera de la ciudad pudieran comer en calma antes del espectáculo de la tarde, no entendía la pregunta.

—¿Quién?

—La chica que quieres que desaparezca. Ya sabes. —En su garganta se formó la glotal con que indicaba su nombre que casi llegó a pronunciar aunque se arrepintió. —Ella.

—No sé. —Intenté parecer algo más que desinteresado. —No importa.

Salí a fumar. A llamarla a su celular. Como dentro del museo donde sería la lectura no había señal, nada más traspasar la puerta descubrí tres llamadas perdidas. Le devolví el gesto. No me dejó hablar.

—Suerte.

–No se desea suerte. Lo sabes.

–Éxito.

–¿Vendrás? ¿Cómo estás?

–Colgó.

Sin esperarme los músicos habían dejado todo preparado y, por ser los primeros, tocaba probar últimos. Todo estaba listo para la comida. Los organizadores nos montaron apresuradamente en una camioneta oficial hacia un restaurante que a la comida añadía cervezas gratis. La última recomendación de nuestra guía antes de dejarnos solos y pactar una hora para recogerlos de nuevo en el mismo sitio tenía algo que ver con la cantidad de alcohol que no debíamos ingerir antes del espectáculo.

Tal vez por la novedad de ser la primera vez que se hacía en la ciudad o, simplemente, por el interés de la gente en la poesía, la sala más amplia del museo estaba repleta. El mensaje en lugar de atenuar mis nervios, los aceleró. “Éxito. Aunque sé que lo harás bien. Allá estaré. El médico dice que todo estará bien”.

Quedaban diez minutos para comenzar cuando entró. Yo había estado yendo de un lado a otro. Saludando amigos y conocidos, pidiéndole a alguien que grabara toda la intervención, hablando con los músicos. No nos saludamos. Era el último día que íbamos a estar juntos y no se nos ocurrió saludarnos. Se le veía cansada y no sabía si atribuirlo a su enfermedad, según el mensaje había vuelto con el médico, o a una velada poética nocturna demasiado larga. Tampoco pensaba preguntárselo.

Una de las organizadoras me tocó el hombro.

–Cuando quieras.

Me acerqué a la silla frente al micrófono. Antes de que atenuaran la iluminación del lugar la vi en la tercera fila, a la izquierda de mi mirada.

Me concentré en un punto más allá de ella. Al fondo de la sala, un punto blanco, diminuto en la pared de donde colgaba una

incompresible, al menos para mí, obra de arte contemporáneo. Sólo en aquel punto rodeado de más y más circunvoluciones de pintura oscura podía encontrar un lugar desde donde hablarle. Un punto sin aire y sin círculos casi concéntricos, un punto que estaba en la misma habitación que nosotros y a la vez nos era inalcanzable. La miré por última vez antes de volver a concentrar mi mirada. Sonrió. Con una sonrisa que no le había visto nunca. Apartó su mirada para fijarla en algún punto detrás de mí. Ella también debía haber encontrado ese ojo en el que todo se calma de repente antes de empezar de nuevo. Ella, como yo, debía estar pensando en Juliana.

Comencé a leer de las hojas que tenía enfrente. “Desaparecerás”. Sabía de memoria esa palabra y todas las que continuaban en el poema. Intenté no distraerme mientras repetía dentro, muy dentro de mi cabeza, una frase de Raymond Chandler. “Hasta la vista amiga. No te digo adiós. Te lo dije cuando tenía algún significado. Te lo dije cuando era triste, solitario y final”.



# HURACÁN

Primera edición 2024  
(versión electrónica)

El cuidado y diseño de la edición estuvieron  
a cargo del Departamento Editorial  
de la Dirección General de Difusión y Vinculación  
de la Universidad Autónoma de Aguascalientes.